NITARDO

HISTORIAS

EDICIÓN E INTRODUCCIÓN DE GERARDO RODRÍGUEZ

TRADUCCIÓN DE CARLOS RAFAEL DOMÍNGUEZ

GRUPO DE INVESTIGACIÓN Y ESTUDIOS MEDIEVALES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA

2019

Nitardo

HISTORIAS

EDICIÓN E INTRODUCCIÓN A CARGO DE

Gerardo Rodríguez

TRADUCCIÓN A CARGO DE

Carlos R. Domínguez

GRUPO DE INVESTIGACIÓN Y ESTUDIOS MEDIEVALES
CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA

2019

Nitardo, Nitardus
Historias / Nitardus Nitardo; editado por Gerardo Fabián Rodríguez. - 1a ed. - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2019.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Carlos Rafael Domínguez.
ISBN 978-987-544-882-7

1. Historia Medieval. I. Rodríguez, Gerardo Fabián, ed. II. Domínguez, Carlos Rafael, trad. III. Título.
CDD 940.2

La imagen de tapa fue extraída de https://www.tumblr.com/search/louis%20the%20pious

https://ar.pinterest.com/pin/653514595898616579/?d=t&mt=login







Índice

Introducción

A Mariana Zapatero y Gisela Coronado Schwindt
por su compañía constante

Los historiadores carolingios[1]

Las investigaciones históricas de los últimos cincuenta años han demostrado la importancia que los biógrafos carolingios tuvieron en la construcción de las figuras de Carlomagno y Ludovico Pío. Mayke de Jong se refiere a estos autores como "narrativas de la novena centuria"[2], incluyendo en el listado a Ermoldo, Eginardo, Astrónomo, Thegan, Nitardo y Notker.

Thomas Noble subraya que si bien esta construcción toma como modelos autores de las tres tradiciones en las que abreva —romana, cristiana y germánica—[3], es en el transcurso del siglo IX que se fusionan, dando lugar a una fuerte secularización del género biográfico específicamente carolingio.[4] Dentro de esta evolución, Dominique Iogna-Prat considera un aporte particular la construcción de un modelo de emperador cristiano que da cuenta de los soberanos francos de Carlomagno a Carlos el Calvo.[5]

Walter Berschin,[6] en tanto, afirma que este modelo de rey/emperador cristiano hay que comprenderlo en un contexto más amplio, de conformación de una sociedad cristiana,

---

[1] Una versión ampliada de lo aquí expuesto puede verse en Gerardo RODRÍGUEZ, "La historiografía carolingia de Ermoldo a Notker: estado actual de la cuestión", *Medievalismo*, 24 (2014), pp. 353-369.
[2] Mayke de JONG, *The Penitential State. Authority and Atonement in the Age of Louis the Pious, 814-840*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, p. 59.
[3] Los autores que sirven de modelo a esta construcción carolingia incluyen a:
- Suetonio (70-126) y las *Vidas de los doce Césares*.
- Eusebio de Cesarea (265-339) y su *Vida de Constantino*.
- Jerónimo (340-420) y su obra *Sobre personajes ilustres* (referidos al cristianismo).
- Sidonio Apolinar (430-486) y su biografía del rey visigodo Teodorico II (453-466).
- Julián de Toledo (644-690) y su semblanza del rey visigodo Wamba (672-680).

De otros escritores más recientes toman algunas notas biográficas, incluidas en obras más extensas, como son los casos de Gregorio de Tours (530-590), Beda (673-735) y Paulo Diácono (720-800).
[4] Thomas NOBLE, *Charlemagne and Louis the Pious. Lives by Einhard, Notker, Ermoldus, Thegan, and the Astronomer*, Translated with Introductions and Annotations, Pennsylvania, The Pennsylvania State University, 2009, p. 3.
[5] Dominique IOGNA-PRAT, "La construction biographique du souverain carolingien", en Patrick HENRIET (dir.), *A la recherche de légitimités chrétiennes. Représentations de l'espace et du temps danas l'Espagne médiévale (IXe. – XIIIe. siècle)*, Madrid, Casa de Velázquez, Annexes del CLCHM vol. 15, 2003, pp. 197-224.
[6] Walter BERSCHIN, *Biographie und Epochenstil im lateinischen Mittelalter*, III (karolingische Biographie 750-920 n. Chr.), Stturgart, Hiersemann, 1991, pp. 199-220.

que genera obras de carácter histórico en las que se mixturan historia, biografía y literatura (en el formato del panegírico).

Estas obras presentan una serie de rasgos comunes, entre los que sobresalen:

a) Subrayan los aportes de un rey dentro del cuadro mayor de la dinastía carolingia, objetivo o finalidad de *"Vita et conuersatio"* inaugurado por Ermoldo y Eginardo.
b) Filian las actuaciones de los diferentes monarcas con la figura de Carlomagno, dando lugar a una revisión constante de los períodos precedentes. Esta imitación del "modelo Carlomagno" fue llevada adelante principalmente por Nitardo y Notker.
c) Resaltan la centralidad de la figura de Luis en el contexto del Imperio cristiano en gestación, centralidad subrayada por Ermoldo, Thegan y el Astrónomo.
d) Utilizan ideológica y políticamente las biografías de la novena centuria para la fundamentación de un proyecto político, de una rama dinástica, de una facción nobiliar.

Es por ello que David Ganz afirma que esta construcción literaria de las figuras del soberano carolingio fue tanto una operación histórica como literaria, que implicó llevar adelante un profundo "revisionismo histórico y literario" del príncipe cristiano ideal.[7]

Los escritos históricos de los autores de la novena centuria formar parte de la renovación cultural carolingia que constituyó el soporte ideológico de las proyecciones políticas de los monarcas francos del período.[8] Joaquín Martínez Pizarro[9] y Philippe Depreux subrayan la importancia de la documentación de tipo histórico-narrativa que se sirve de sustrato y sustento de estos escritos. Es por ello que ambos insisten sobre el valor de esta "literatura narrativa", ya que contiene tanto estereotipos retóricos, que se retoman con nuevas significaciones, como apreciaciones subjetivas del autor y un conjunto de "evidencias narrativas", tales como referencias astronómicas precisas, características de las construcciones edilicias, datos referidos al ordenamiento jurídico, descripciones territoriales, referencias litúrgicas entre otras entre otros.[10]

Este entramado teórico y metodológico es el que permite leer con renovadas interpretaciones a estos autores y a su particular modo de escribir la historia, de relacionar el presente con el pasado, de conjugar emulación e innovación.[11] En los casos de Ermoldo,

---

[7] David GANZ, "Charlemagne in Hell", *Florilegium: Carleton University Annual Papers on Classical Antiquity and the Middle Ages*, 17 (2000), pp. 175-194.

[8] Cf. Stuart AIRLIE, *Power and Its Problems in Carolingian Europe*, Farnham, Ashgate, 2012.

[9] Joaquín MARTÍNEZ PIZARRO, *A Rhetoric of the Scene: Dramatic Narrative in the Early Middle Ages*, Toronto, University of Toronto Press, 1989.

[10] Philippe DEPREUX, *Les Sociétés occidentales du milieu du Vie. à la fin du IXe. Siècle*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2002, pp. 51-61.

[11] Janet NELSON, "Kingship and empire in the Carolingian world", en Rosamond McKITTERICK (ed.), *Carolingian Culture: emulation and innovation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, p. 72; Matthew INNES and Rosamond MCKITTERICK, "The writing of history", en Rosamond McKITTERICK

Eginardo, Thegan, Astrónomo, Nitardo y Notker, este nuevo modelo sostiene y difunde una "liturgia de la autoridad" que, aunque con matices y variantes, permite aunar la tradición franca del *Rex francorum* con la romana de *imperator Augustus*, la cristiana de *imperium Christianum* y la novedad altomedieval de *gratia Dei rex*.[12] Así, por ejemplo, en el *aula regia* del palacio imperial de Ingelheim hay una puesta en escena de esta ligazón, dado que Luis es presentado como emperador romano-cristiano, dominador de los paganos y rodeado de frescos en los que están presentes Constantino, Teodosio, Carlos Martel, Pipino el Breve y Carlomagno.[13]

Luis I aparece representado como un monarca que aspira a la continuidad de la *Renovatio Regni Francorum*,[14] de allí que todo lo que dicen los historiadores de la época deba ser interpretado como expresiones que configuran un verdadero proyecto ideológico, cultural y político, y se deba considerar a dichas obras como "objetos construidos narrativamente"[15]. Esto implica abordar dichos textos teniendo en cuenta una serie de cuidados metodológicos[16]

(ed.), *Carolingian Culture: emulation and innovation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 207-209.

12 Ildar GARIPZANOV, *The Symbolic Language of Authority in the Carolingian World (c. 751-877)*, Leiden, Brill, 2008, pp. 1-41.

13 ERMOLDO, IV, vv. 267-282. Por su parte, ASTRÓNOMO, c. 21-22 se refiere a la importancia de la tradición imperial romana en la corte carolingia, tradición que sobrevive pese a la creciente cristianización del Imperio.

14 Josef SEMMLER, "*Renovatio Regni Francorum*. Die Herrschaft Ludwigs des Frommen im Frankenreich, 814-829/830", Peter GODMAN and Roger COLLINS (eds.), *Charlemagne's Heir. New Perspectives on the Reign of Louis the Pious (814-840)*, Oxford, Clarendon Press, 1990, pp. 125-146.

15 Joseph MORSEL, "Les sources son-elles 'le pain de l'historien' ?", *Hypothèses 2003. Travaux de l'École doctorale d´histoire de l'Université Paris I Panhéon-Sorbonne*, Paris, Publications de la Sorbonne, 2004, pp. 273-286. Gabrielle SPIEGEL, *The Past as Text. The Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999 p. XVIII subraya la importancia del lenguaje performativo al momento de analizar y considerar los textos medievales. Más adelante, pp. 3-28, fundamenta y ejemplifica la relación existente entre "realidad", "contexto", "estructura social" y el marco analítico elaborado por los historiadores, relación que necesariamente habla de textos y se expresa a través de textos.

16 En este contexto incluyo mi producción sobre estas cuestiones de historiografía carolingia: Gerardo Rodríguez, "Un análisis de le épica y de la historia carolingia desde la Historia de los sentidos", Rubén FLORIO (dir.), *Varia et diversa. Épica latina en movimiento: sus contactos con la Historia*, Mar del Plata y Santa Fe, Universidad Nacional de Mar del Plata y Universidad Nacional del Litoral, 2018, pp. 281-320; Gerardo Rodríguez, "Ecos de voces lejanas: las palabras que nos llegan a través de fuentes carolingias", Gerardo RODRÍGUEZ y Gisela CORONADO SCHWINDT (dirs.), *Paisajes sensoriales, sonidos y silencios de la Edad Media*, Mar del Plata, Grupo de Investigación y Estudios Medievales – UNMdP, 2016, pp. 65-87; Gerardo Rodríguez, "¿Cómo se construye la historia carolingia? Historia(s) y tradición(es) en la primera mitad del siglo noveno", en Gisela CORONADO SCHWINDT, Viviana GASTALDI, Gabriela MARRÓN Gabriela y Gerardo RODRÍGUEZ (eds.), *Palimpsestos: escrituras y reescrituras de las culturas antigua y medieval*, e-book, Bahía Blanca, Ediuns, 2013, pp. 295-303; Gerardo RODRÍGUEZ, "La historia política de la Alta Edad Media y los historiadores carolingios de la novena centuria: los nuevos rumbos historiográficos", en Gerardo RODRÍGUEZ (dir.), *Textos y contextos (II). Exégesis y hermenéutica de obras tardoantiguas y medievales*, Mar del Plata, EUDEM, 2012, pp. 213.228; Gerardo RODRÍGUEZ, "Épica, memoria e historia. Cómo los carolingios escriben el mundo", ***História Revista - Revista da Faculdade de História e do Programa de Pós-Graduação em História da Universidade Federal de Goiás***, 17/2 (jul./diz. 2012), pp. 69-103; Gerardo RODRÍGUEZ, "La 'otredad' en la literatura histórica carolingia del siglo IX", en Patricia ORBE (coord.), *Actas III Jornadas de Investigación en Humanidades*, Bahía

y en función de las continuas reconsideraciones de estos monarcas, en especial Luis y sus historiadores.[17]

Estas "narraciones históricas" tienen una función social,[18] dado que conforman una determinada visión del mundo, muchas veces asociada a uno de los bandos en pugna. Por ello, sus autores pueden ser considerados "intelectuales" al servicio de una causa, que recurren al uso y la difusión de la escritura en su búsqueda por determinar criterios de verdad. Al respecto, Chris Wickham afirma que la relación entre "intelectuales" y política que se establece en el siglo noveno no se dará nuevamente hasta la revolución francesa.[19] Por su parte, Matthias Becher sostiene que los *Anales carolingios* pueden ser considerados como una versión semioficial de la historia, el basamento sobre el que se desarrollan las demás narrativas del período.[20] Una idea similar es la propuesta por Rosamond McKitterick quien habla de la ilusión del poder real que transmiten.[21]

La palabra escrita cumplió una función de primer orden en la sociedad carolingia, dado que fue utilizada por el gobierno, por la administración, en las transacciones legales ordinarias y en las disposiciones en general. Permitió conformar una tradición histórica y cultural franca a partir de la reelaboración de las herencias romana, cristiana y germana. De allí que Rosamond McKitterick afirme que "para los francos la memoria era el recuerdo escrito"[22]. Es por ello que la literatura adquiere relevancia, dado que la extensión y la

---

Blanca, UNS, 2011, pp. 261-265; Gerardo RODRÍGUEZ, "La construcción histórica de la imagen del otro en las narrativas carolingias de la novena centuria", en Gerardo RODRÍGUEZ (dir.), *Historia, Literatura y Sociedad: aproximaciones al mundo medieval desde el siglo XXI*, Mar del Plata y Bahía Blanca, GIEM y CEICAM, 2011, pp. 113-143; Gerardo RODRÍGUEZ, "Narrar y legislar: en torno a la penitencia de Luis I", *Actas de las III Jornadas de Filosofía Política: justicia, equidad e igualdad*, Mar del Plata, UNMdP, 2010.

[17] A modo de ejemplo cf. François-Louis GANSHOF, "Louis the Pious Reconsidered", *History*, 42 (1957), pp. 171-180 y Thomas NOBLE, "The Monastic Ideal as a Model for Empire: The Case of Louis the Pious", *Revue Bénédictine*, 86/3-4 (1976), pp. 235-250; Thomas NOBLE, "Louis the Pious and his Piety Reconsidered", *Revue belge de philologie et d'histoire*, 58 (1980), pp. 297-316.

[18] Tomo y adapto la noción de "función social de la prosa" elaborada por Gabrielle SPIEGEL, *Romancing the Past. The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth-Century France*, Berkeley, University of California Press, 1993. Para esta autora, el recurrir a la prosa como medio para escribir historia en los siglos XII y XIII constituye una operación de tipo ideológico, de parte de un grupo de la élite, que prentende o reclama su propia legitimidad histórica, de allí que reemplacen al latín por la lengua vulgar.

[19] Cris WICKHAM, *The inheritance of Rome: Illuminating the Dark Ages 400-1000*, Nueva York, The Penguin Books, 2010, p. 411: la importancia política de este grupo se observa en sus obras y textos justificatorios o laudatorios, en las excusas, en la promoción de determinados personajes.

[20] Matthias BECHER, *Eid und Herrschaft: Untersuchungen zum Herrscherethos Karls des Grossen*, Sigmaringa, Thorbecke, 1993, pp. 21-77.

[21] Rosamond MCKITTERICK, "The Illusion of Royal Power in the Carolingian Royal Annals", *English Historical Review*, 460 (2000), pp. 1-20.

[22] Rosamond MCKITTERICK, *The Carolingian and the Written World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 134.

importancia concedidas a la memoria constituye tareas reservadas para una élite (letrada).[23] Según Patrick Geary, esta escritura de la memoria permitirá tanto el control del pasado como su presencia en el presente. La creación del pasado permitirá el desarrollo de la "memoria colectiva", que se transmitirá tanto de manera oral como a través de la literatura.[24]

En los siglos octavo y noveno, la memoria oral y escrita disputan el tratamiento, la selección y la interpretación de la escritura. Incluso algunos autores sostienen que esa cultura oral era esencial;[25] otros, en cambio, consideran que la "memoria social", básicamente escrita, remitía al proceso de construcción y de reflexión del pasado.[26]

Por ello, resulta necesario conocer a los autores del período, tanto en lo que se refiere a sus escritos como a los encuadres de producción, circulación y recepción de los mismos. Estos historiadores también nos informan y nos dan sus visiones sobre los otros, nos presentan elaborados procesos y mecanismos de construcción de alteridad, desde una perspectiva étnica —enemigo, hereje, mujer del enemigo o del hereje— que llevan a cabo. Estas recreaciones y relecturas, estas apropiaciones, generan anacronismos que deben considerarse como "necesarios mediadores" entre pasado y presente, dado que posibilitan el traslado de temas, figuras, personajes, instituciones de una realidad pretérita a "lectores" contemporáneos.[27]

Por ello, considero posible compartir la tesis de Walter Goffart, según la cual los "historiadores bárbaros" generaron un relato historiográfico recurriendo a diferentes fuentes y técnicas narrativas, que los convierten en verdaderos historiadores, desde una concepción moderna de la profesión:[28] en el reino de Luis el Piadoso se genera una historiografía de corte, crucial para comprender la imagen pública y política de la monarquía y del monarca.[29]

La construcción de una tradición franco-carolingia, a partir del análisis de las relaciones entre literatura e historia, remite al análisis del discurso que no puede entenderse como el estudio de una fórmula pura y perfecta sino que debe considerar los encuadres de producción, recepción, contenido, tiempo y espacio que le sirven de marco de referencia, en este caso, la producción histórica y literaria de la "renovación cultural carolingia".

---

[23] Rosamond MCKITTERICK, *History and Memory in the Carolingian World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 5-7.
[24] Patrick GEARY, *Phantoms of Remembrance. Memory and Oblivion at the End of the First Millennium*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1994, p. 7.
[25] Mary CARRUTHERS, *The Book of Memory: A Study of Memory in Medieval Culture*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 11. Cf. en este mismo sentido Elisabeth van HOUTS (ed.), *Medieval Memories: men, women and their past, 700-1300*, Londres, Longman, 2001.
[26] James FENTRESS y Chris WICKHAM, *Social Memory*, Oxford, Blackwell, 1992, p. 26.
[27] Cf. Raymond CORMIER, "The Problem of Anachronism: Recent Scholarship on the French Medieval Romances of Antiquity", *Philological Quarterly*, 53 (1974), pp. 145-157.
[28] Walter GOFFART, *The Narrators of Barbarian History (A.D. 550–800): Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1988, pp. 3-19.
[29] M. INNES and R. MCKITTERICK, "The writing…", op. cit., p. 209.

Jean Batany afirma que el proyecto ideológico-político que se evidencia en Ermoldo y que subyace en los fundamentos de la "propaganda carolingia" del siglo IX, derivó, con el devenir del tiempo, en el "mito carolingio" del siglo XII.[30] Esta construcción supuso reapropiaciones, resignificaciones, omisiones, silencios, interpolaciones, agregados. Y así como ciertos personajes se convirtieron en fundantes, otros, en cambio, fueron caracterizados negativamente.[31]

En particular, esta deconstrucción y construcción de la figura de Luis significó la vulgarización de su imagen. Se cuestionaron sus aptitudes como gobernante y los atributos de carácter, que el Astrónomo había tratado de hacer aparecer bajo una luz positiva,[32] lo convertían, en contraste con el dinámico Carlos, cada vez más en "Luis el Piadoso", en el demasiado bondadoso y débil epígono,[33] que sigue viviendo como tal en el uso idiomático del francés y en la conciencia histórica hasta el día de hoy.

No obstante ello y como señalé brevemente, a comienzos del siglo IX esta mirada era diferente. Ermoldo Nigello aseguraba que Luis estaba destinado a suceder a Carlomagno en razón de su piedad;[34] en tanto, el Astrónomo, parafraseando la parábola de los talentos,[35] asegura que el rey de Aquitania era el legítimo heredero del Imperio carolingio[36] y actuaba en consecuencia, por ejemplo, buscando mejorar la administración regia en base a nuevos criterios de ordenación jurídico-administrativa.[37]

---

[30] Cf. Jean BATANY, "Propagande carolingienne et mythe carolingien: le programme de Louis le Pieux, chez Ermold le Noir et dans le *couronnement de Louis*", en Emmanuèle BAUMGARTNER (ed.), *La Chanson de Geste et le mythe carolingien. Mélanges René Louis*, 3 vol., Paris, Bibliothèque de l'École des chartes 1982, vol.1, pp. 313-340.

[31] Cf. Susan FARRIER (ed.), *The Medieval Charlemagne Legend: An Annotated Bibliography*, Londres, Routledge, 1993.

[32] ASTRÓNOMO, Prólogo.

[33] NITARDO, I, Prólogo le dedica el texto a Carlos y le advierte que preste atención de *"los tiempos terribles de su piadoso padre"*, acusado de ser el causante de las divisiones internas, inclusive familiares (I, c.3) e incapaz para gobernar, incapacidad que ve reflejada en la actitud pasiva que asume ante los hechos.

[34] ERMOLDO, vv. 600-635. ASTRÓNOMO, Prólogo. Philippe DEPREUX, "La *pietas* comme principe de gouvernement d'après le *Poème sur Louis le Pieux* d'Ermold le Noir", en Joyce HILL and Mary SWAN (eds.), *The Community, the Family and the Saint: Patterns of Power in Early Medieval Europe*, Turnhout, Brepols, 1998, pp. 201-224 subraya cómo la obra de Ermoldo en general está puesta al servicio de la defensa de la piedad de Luis como principio rector de su gobierno.

[35] *Mt* XXV, 14-30; *Lc* XIX, 12-27.

[36] ASTRÓNOMO, c. 19.

[37] TEGHAN, C.10. Philippe DEPREUX, "Nithard et la *res publica*: un regard critique sur le règne de Louis el Pieux", *Médiévales*, 22-23 (printemps 1992), pp. 149-161 considera que estos cambios se deben más a cuestiones políticas (recompensar a los fieles y vasallos de Luis) que a razones administrativas. Incluso afirma que el ejercicio del poder público de Luis es firme a principios de su reinado pero que declina hacia 830-833. En TEGHAN, c.19 pueden encontrase argumentos para defender esta tesis.

Nitardo[38]

Nitardo (790-844), fruto de la unión de Berta, hija de Carlomagno, con Angilberto, jefe de la cancillería imperial, recibió su educación en corte imperial y se hizo abad de San Riquier, sin adquirir los votos monásticos. En 841 Carlos el Calvo le confió la tarea de escribir un relato sobre los últimos acontecimientos que habían tenido lugar en el Imperio.

La obra de Nitardo como historiador consiste en cuatro libros que versan sobre las guerras civiles que se produjeron durante este período, de las cuales es el único historiador que brinda un relato en el que carga las tintas sobre Luis I, en un principio y Lotario I, después.[39] Sus servicios se extendieron hasta el campo de batalla: luchó en la batalla de Fontenoy (841). También tradujo los Juramentos de Estrasburgo al francés antiguo.

En general, los historiadores han visto la penitencia impuesta a Luis en 833 como el evento que marcó el principio del fin de la dinastía carolingia. Los enfrentamientos entre Carlos y Lotario, las tensiones entre diversas facciones nobiliarias (tanto laica como eclesiástica), las disputas territoriales se acentuaron a partir de mediados de la década del veinte.

Esta visión, gestada hacia el 840-850, hizo especial hincapié en los sucesos posteriores a 834 como determinantes en la historia de la dinastía carolingia, siendo los historiadores, a partir de Nitardo, los que construyeron "el drama del 833", para contar una historia de traición y de declive político.[40]

Nitardo, por su origen familiar, su formación en la corte, primero y su participación en ella, después, puede ser considerado un "intelectual" como sostiene C. Wickham o bien, como prefieren otros, un autor de corte.[41] Esta cercanía a la corte y al entorno regio de Carlos

---

[38] Cf. mi producción sobre este autor: Gerardo RODRÍGUEZ, "Los aportes de Nitardo a la historiografía carolingia", en Lidia GAMBÓN, (coord.), *Actas de las IV Jornadas de Investigación en Humanidades "Homenaje a Laura Laiseca"*, Bahía Blanca, UNS, 2013, pp. 399-404; Gerardo RODRÍGUEZ, "Nitardo como fuente histórica", en Andrea Vanina NEYRA y Gerardo RODRÍGUEZ (dirs.), *¿Qué implica ser medievalista? Prácticas y reflexiones en torno al oficio del historiador*, Mar del Plata, GIEM, 2012, vol.1, pp. 191-202; Gerardo RODRÍGUEZ, "Luis el Piadoso en la obra de Nitardo", en Ana BASARTE y Santiago BARREIRO (eds.), *Actas de las XI Jornadas Internacionales de Estudios Medievales y XXI Curso de Actualización en Historia Medieval*, Buenos Aires, SAEMED, 2012, pp. 163-170.

[39] NITHARDUS, *Nithardi historiarum libri IIII / Histoire des fils de Louis le Pieux*, édités et traduites par Philippe Lauer, París, 1926, 2ª edición 1964. En base a esta edición se realiza la presente traducción castellana.

[40] Janet NELSON, "Ninth-century knighthood: the evidence of Nithard", en Christopher HARPER-BILL, C. HOLDSWORTH and Janet NELSON (eds.), *Studies in Medieval History presented to R. Allen Brown*, Woodbridge, Boydell Press, 1989, pp. 255-266 y Courtney BOOKER, "Histrionic History, Demanding Drama: The Penance of Louis the Pious in 833, Memory, and Emplotment", en Helmut REIMITZ and Bernhard ZELLER (eds.), *Vergangenheit und Vergegenwärtigung: Frühes Mittelalter und europäische Erinnerungskultur, Viena, VÖAW,* 2009, pp. 103-128.

[41] Janet NELSON, "Public *Histories* and Private History in the Work of Nithard", *Speculum*, 60 (1985), pp. 251-293.

quedó evidenciada en los detalles que transmite su obra en relación con la educación, en general y con la formación militar, en particular, brindadas en la corte carolingia.[42]

En el Libro I de su obra aborda las tensiones internas en el transcurso del reinado de Luis, tensiones tanto sociales (con sus hijos, con ciertos sectores de la aristocracia y de la Iglesia) como territoriales (en Italia, en Alemania). Entre las variadas acusaciones que realiza y que justifican la penitencia del rey, Nitardo subraya en varios pasajes que *"se había perdido la res publica"*[43], *res publica* que defendía sus hijos Lotario y especialmente Carlos.[44]

Según su relato, Luis el Piadoso no pudo preservar la herencia de su padre y esto es determinante para referirse a él con dureza. La edad de oro de Carlomagno contrasta vivamente con los tiempos de declive de su hijo y sucesor, tiempos de declive marcados por la finalidad de los intereses defendidos —Carlomagno asumió intereses de carácter público, en tanto los intereses defendidos por Luis resultaron personales y egoístas—, las contiendas internas y los enfrentamientos entre él y sus propios hijos.[45]

---

[42] Bernard BACHRACH, *Early Carolingian Warfare. Prelude to Empire*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2001, pp. 124-201.
[43] NITARDO, I, 3; I, 4.
[44] NITARDO, I, 3; IV, 6.
[45] NITARDO, IV, c.7.

LIBRO PRIMERO

Sabéis muy bien, señor mío, que apenas a los dos años de iniciada la persecución por parte de vuestro hermano que, sin merecerlo de ninguna manera, habéis sufrido vos y los vuestros, me habéis ordenado, antes de que entrásemos en la ciudad de Chalons, poner por escrito vuestras acciones y confiarlas así a la memoria. Esa orden, sin duda, me hubiera resultado muy grata y oportuna, si hubiese podido disfrutar del tiempo suficiente para cumplirla con dignidad. Si, por lo tanto, advertís inserto en esta obra algún relato que no está a la altura de la grandeza de los hechos se me debe tanto mayor indulgencia vuestra y de los vuestros, que bien sabéis que, al realizar esta obra, me vi envuelto en el mismo torbellino en el que estuvisteis vos. Había decidido pasar por alto los sucesos de los tiempos de vuestro piadoso padre, pero creo que resultará más clara para el lector la verdad de vuestras vicisitudes si selecciono sumariamente algunos de los eventos de su tiempo. Tampoco parece razonable omitir totalmente la venerada memoria de vuestro abuelo y, precisamente, desde ese punto va a tener inicio este texto.

1. El emperador Carlos, de feliz memoria, no sin justicia llamado magno por todas las naciones, aproximadamente a la hora tercia del día murió en una ancianidad plena, dejando a toda Europa colmada con su bondad. En tal medida superó este varón en su tiempo a todo el género humano en sabiduría y virtud que ante todos los habitantes del orbe apareció a la vez como terrible, amable y admirable. Hizo que su gobierno fuese en todos sus aspectos honesto y útil, como todos lo han comprobado con claridad. Confieso sobre todo con admiración que a los corazones férreamente feroces de los bárbaros, que el poder romano no pudo domar, solo él, con moderado rigor los pudo reprimir de tal modo que jamás se atrevieron a urdir manifiestamente algo que no fuese para el bien público. Reinó felizmente por treinta y dos años y manejó con prosperidad el timón del Imperio durante catorce años.

2 Heredero de tanta sublimidad fue Ludovico, el menor de los hijos de su matrimonio legítimo, que lo sucedió, antecediendo a los otros. No bien tuvo noticia cierta de la muerte de su padre, acudió presuroso a Aquisgrán desde

Aquitania. A todo el pueblo que acudió sin impedimento lo asignó a su jurisdicción, deliberando sobre los demás que parecían creer en él. En el mismo comienzo de su imperio dispuso que la gran cantidad de dinero dejada por su padre fuese dividida en tres partes. Una parte se destinó a los gastos del funeral. Las otras dos se repartieron entre sus hermanas procedentes del legítimo matrimonio y a ellas les ordenó dejar inmediatamente el palacio y alojarse en sus respectivos monasterios. A sus hermanos, aún de tierna edad, Drogo, Hugo y Teodorico los hizo partícipes de su mesa y dispuso que fuesen criados en el palacio. A su sobrino Pipino le concedió el reino de Italia. Poco después este se rebeló y fue capturado, cegado y muerto por Bertmundo, prefecto de la provincia de Lyon. Temiendo que los hermanos, por manipulación del pueblo, hicieran algo semejante, les ordenó acudir a una asamblea pública, los tonsuró y los destinó a monasterios con libertad custodiada. Cumplido esto, unió a sus hijos en matrimonio legítimo y dividió el Imperio entre ellos, de modo que a Pipino le fue asignada Aquitania, a Ludovico Baviera y Lotario quien a la muerte de su padre tendría todo el Imperio, le concedió además que pudiese usar el título de emperador juntamente con él. Entre tanto murió la reina Ermengarda, su madre, y poco después el emperador Ludovico tomó por esposa a Judit, de la que nació Carlos.

3 Cuando nació Carlos, como todo el Imperio ya lo había dividido entre sus otros hijos, no sabía qué decisión tomar. Ansioso el padre, consultó a sus hijos sobre el caso y finalmente Lotario aceptó y confirmó con juramento la propuesta de que cualquier porción del reino que el padre quisiese darle, él sería su tutor y defensor en el futuro contra todos los enemigos. Sin embargo, por instigación de Hugo, cuya hija Lotario había tomado por esposa, de Matfrido y los demás, se arrepintió más tarde de haber hecho eso y buscaba cómo lograr que se anulase aquella decisión. Esto no se le ocultaba ni a su padre ni a su madre. Por eso Lotario intentaba ocultamente dejar sin efecto lo que había determinado su padre. Este constituyó entonces a Bernardo, duque de Septimania, como chambelán y a él le encomendó a Carlos a quien nombró su segundo en el Imperio. Bernardo abusó de su poder en el gobierno en lugar de consolidarlo y causó una profunda perturbación. En ese tiempo se le entrega a Carlos Alamania, por un edicto. Entonces, Lotario, atento a las justas quejas, animaba a

los hermanos y a todo el pueblo a restaurar el estado del país. Por lo cual se reunieron con todo el pueblo y con su padre en Compiègne, velaron a la reina, tonsuraron a sus hermanos Conrado y Rodulfo y lo enviaron a Aquitania bajo la vigilancia de Pipino. Bernardo huyó a Septimania. Su hermano Eriberto fue capturado, cegado y enviado a Italia para estar allí bajo custodia. Lotario, conseguido de ese modo el poder, mantenía a su padre y a Carlos en libertad bajo custodia. Les había ordenado a algunos monjes que lo instruyesen acerca de la vida monástica y lo persuadiesen de que la asumiera. Los asuntos públicos empeoraban cada día puesto que cada uno, arrastrado por la codicia, buscaba su propio interés. Es por esa razón que los monjes, que acabamos de mencionar, y todos los que sentían dolor por lo sucedido, comenzaron a interrogarlo, si en caso de que se le restituyera el gobierno del país, estaría dispuesto, en la medida de sus fuerzas, a recuperarlo y hacerlo progresar, fomentando especialmente el culto divino, que protege y regula todo tipo de orden. Él aceptó prontamente y así hubo rápido consenso para su restauración. Envió secretamente a un cierto monje Guntbaldo, con el pretexto de una misión religiosa, a sus hijos Pipino y Luis, prometiéndoles ampliar sus reinos si ellos se unían a los que deseaban su restitución. Con mucha facilidad y codicia aceptaron esto. Realizada una asamblea, le fueron devueltos la reina y sus hermanos y todo el pueblo se sometió a su gobierno. Los que apoyaron a Lotario fueron sometidos a juicio y por el mismo Lotario fueron condenados a muerte o bien, perdonadas sus vidas, fueron enviados al exilio. Lotario debió contentarse solo con Italia y se le permitiría salir con la condición de no tramar nada contra la voluntad del padre en lo referido al reino. Estando así las cosas y cuando el país parecía comenzar a respirar un poco, prontamente el monje Guntbaldo, anteriormente mencionado, puesto que había colaborado mucho para su restauración, pretendía ser el segundo en el Imperio. Se esforzaba con gran habilidad para ser lo que en otro momento había sido Bernardo. También Pipino y Ludovico, aunque, según lo prometido, sus reinos habían sido ampliados, sin embargo, ambos aspiraban a ser los primeros después del padre; pero aquellos que en ese momento manejaban los asuntos del país, se oponían a su voluntad.

4 Por ese mismo tiempo la Aquitania se le quita a Pipino y es entregada a Carlos que jura recibiendo el honor del primado del pueblo que gozaba con el padre.

Los que hemos mencionado anteriormente sufrieron esto con disgusto y hacen correr la voz de que el gobierno estaba en manos inútiles e invitan al pueblo a pedir un régimen justo. Walanam, Elisacar, Matfrido y otros, que estaban en el exilio, eluden la custodia. Lo impulsan a Lotario a invadir el país. Tratan además, con grandes ruegos y con el mismo pretexto, de sumar a su causa a Gregorio, pontífice de la suma sede romana para poder alcanzar con más libertad contando con su autoridad su propósito. De este modo el emperador con todo lo que tenía bajo su mando, los tres reyes e hijos suyos con un gran ejército en contra del emperador, y el papa Gregorio con una gran comitiva fijan el campamento junto al monte Sigwaldo y allí los hijos, con distintos argumentos invitan al pueblo a apartarse de su padre. Finalmente, Carlos se da a la fuga con unos pocos y es capturado. Su esposa es enviada al exilio en Lombardía y Carlos es mantenido bajo estricta custodia con su padre. El papa Gregorio, agotado por las penurias del viaje, regresa a Roma con más demora de la deseada. Lotario, que con facilidad había obtenido el gobierno tan injustamente, con la misma facilidad injustamente lo perdió. Porque Pipino y Ludovido no podían soportar que Lotario asumiese para sí todo el Imperio, viéndose ellos perjudicados. Por otra parte, Hugo, Lamberto y Matfrido comenzaron a disputar entre ellos sobre quién de ellos ocuparía el segundo lugar con Lotario y comenzaron a separarse buscando cada uno su propio interés y descuidando totalmente el bien del país. Al ver esta situación, el pueblo se sentía realmente molesto. Los hijos, por otra parte, sentían vergüenza y pesar de haber privado dos veces a su padre del honor debido y haber dejado dos veces a todo el pueblo sin emperador. Se ponen de acuerdo entonces para su restitución. Acuden a San Dionisio, donde Lotario mantenía a su padre y a Carlos. Advirtiendo Lotario esta animosidad que parecía superar sus propias fuerzas, antes de que llegaran a reunirse, reúne sus tropas, libera a su padre y a Carlos y se marcha a Viena. El pueblo, que estaba presente en una no pequeña cantidad, y que ya estaba deseando oponerse por la fuerza a Lotario, estando a favor de su padre, recibe al rey y marcha a la basílica de San Dionisio con los obispos y todo el clero. Allí cantan devotamente las alabanzas de Dios, le imponen la corona y las armas a su rey y entran a deliberar sobre el resto. El padre no hace perseguir a Lotario y envía legados tras él que le ordenan quedarse prontamente al otro lado de los Alpes. Recibió benignamente a Pipino

que se dirigió hacia él, y le dio las gracias por haber trabajado para su restitución, y le permitió regresar a la Aquitania, de donde había partido. Confluyen fieles de diversos lugares, que se habían apartado y antes habían sido administradores de la cosa pública. Con ellos el rey, ya coronado, emprende el camino hacia Aquisgrán. Recibe con bondad a Lotario y ordena que permanezca con él para seguridad de ambos. Oyendo los que custodiaban a Judit en Italia que Lotario se había dado a la fuga y su padre había tomado el gobierno, llevan rápidamente a Judit a Aquisgrán y le ofrecen al emperador ese grato presente. Sin embargo, no fue recibida en el lecho nupcial hasta prestar juramento junto con sus parientes cercanos y en presencia del pueblo de que era inocente de los delitos de los que se la acusaba, dado que no apareció un acusador.

5 En ese mismo tiempo Matfrido, Lamberto y los que estaban del lado de Lotario, se encontraban en la marca británica. Para combatirlos fue enviado Uodo y todos los que vivían entre el Sena y el Loira reunieron un fuerte ejército. Aquellos eran pocos en número pero la necesidad los unió y los hizo fuertes. En cambio a Uodo y los suyos, que parecían seguros, la gran cantidad los hizo estar discordes y desordenados. No bien entablada la batalla, huyeron. Cayeron muertos Uodo, Odón, Viviano, Fulberto y una gran multitud. Prontamente envían mensajeros a Lotario para que, cuanto antes acuda con su ejército. Este acepta gustosamente y reunido un fuerte ejército se dirige a Chalon y pone sitio a la ciudad por tres días, y una vez capturada, la incendia con todas sus iglesias. A Gerberga, como si fuera una malhechora la hizo sumergir en el río Saone; a Gozelmo y Semila los decapitó, a Warino le perdonó la vida y le hizo jurar que colaboraría con todas sus fuerzas. Desde aquí, Lotario y los suyos habiendo ganado felizmente dos batallas se sintieron importantes y, confiando ocupar todo el Imperio, se dirigen a la ciudad de Orleans para tomar las decisiones restantes. El padre, enterado de esto, reúne tropas aguerridas de Francia, y pide ayuda para esa difícil empresa a su hijo Ludovico con todos los que habitaban al otro lado del Rin, y de este modo se pone en marcha con el propósito de tomar venganza. Lotario, con la misma esperanza con la que había sublevado a los francos se animó a perseguir el propósito pensado. Establece su campamento a orillas del río junto a la aldea de Calviaco. Pero los francos, que ya por dos veces habían abandonado al emperador, sintiendo pesar y juzgando que esa acción era incorrecta, no quisieron plegarse a

esa defección. Viendo pues Lotario que no podía entablar un combate ni huir, pactó en retirarse tras los Alpes en los días establecidos sin pretender entrar en Francia sin orden del padre y prometiendo no tramar nada en adelante contra la voluntad de su padre. Tanto él como los suyos afirmaron con juramento observar este pacto.

6 Estando así las cosas, el padre regía el Imperio con aquellos mismos con los que lo había hecho anteriormente. Viendo, sin embargo, que el pueblo mientras durase su vida ya no lo abandonaría, como había hecho, reunida en el invierno en Aquisgrán una asamblea, le asignó a Carlos una porción del reino con estos términos: desde el mar por los confines de Sajonia hasta los confines de los ripuarios, toda Frisia, y por los confines de los ripuarios, los condados de Moilla, Haettra, Hammolant, Massagouwi, y toda la región entre el Mosa y el Sena hasta Borgoña juntamente con Verdún, y desde Borgoña, los de Thuzey, Ornain, Bitburg, Blaise, Pert, Bar-le-Duc, Bar-sur Aube, Brienne, Troyes, Antisidiorense, Sens, Wastinense, Melun, Étampe, Châtres y París y luego por el Sena hasta el mar océano y por ese mismo mar hasta Frisia. Todos estos episcopados, abadías, condados, aldeas, y todo lo que se encuentre dentro de esos confines con todo lo que les pertenezca, en cualquier región sometida a su jurisdicción, por disposición de la autoridad divina y paterna le fue entregado a su mencionado hijo Carlos y para que esto permanezca firme se imploró la clemencia de Dios omnipotente. Hilduino, abad de la iglesia de San Dionisio, Gerardo, conde de la ciudad de París, y todos los mencionados habitantes de esos territorios se reunieron y confirmaron con juramentos su fidelidad a Carlos. Lotario y Ludovico vieron esto con disgusto y conversaron entre sí. Viendo que no era posible encontrar gente disconforme, disimularon con astucia estar tramando algo contra su padre y se marcharon. A raíz de esas conversaciones se produjo una no pequeña conmoción, pero pronto se calmó. A mediados de septiembre se dirigió a Quierzy e igualmente calmó con mucha facilidad una sedición y le entregó a Carlos una porción del reino entre el Sena y el Liger juntamente con las armas y la corona. Según parecía puso de acuerdo a Pipino y Carlos. A Pipino le permitió con su favor partir hacia Aquitania y a Carlos lo envió a la parte del reino que le había otorgado. Cuando llegó, todos los habitantes de esa región se reunieron y con juramentos confirmaron su fidelidad. En ese tiempo cunde la

noticia de que Ludovico había defeccionado de su padre y reivindicaba para sí todo el territorio del reino al otro lado del Rin; su padre, enterado de esto, se dirige a Maguncia y, pasando con su ejército al otro lado del río, lo obliga al hijo a huir a Baviera. Regresa después exultante a Aquisgrán ya que, con la ayuda divina, adondequiera que fuese resultaba victorioso. Sin embargo, avanzado ya en la senilidad y entrando casi en la decrepitud por causa de varias afecciones, la madre y los líderes del pueblo, que por voluntad del padre habían trabajado en favor de Carlos, temiendo que si el padre moría, no estando el orden totalmente establecido, el odio de los hermanos podía llegar hasta causar la muerte de Carlos. Consideran prudente que el padre tome como colaborador inmediato a alguno de sus hijos de modo que si después de muerte los demás no quisieran estar de acuerdo, al menos estos dos pudieran resistir unánimemente la facción de los envidiosos. Bajo presión de la necesidad mucho se deliberó sobre el tema, cayendo finalmente la elección sobre Lotario, estimándose que si este aceptaba, la alianza debía realizarse con él. Pues, como se dijo anteriormente, Lotario en otro momento había jurado ante su padre, su madre y Carlos que él protegería cualquier parte del reino que el padre decidiera otorgarle a Carlos contra todos los enemigos durante todos los días de su vida. Se eligen, por lo tanto, emisarios, que son enviados a Italia para entrevistar a Lotario, prometiéndole que si desea cumplir con la voluntad del padre con respecto a Carlos, se le perdonarían todas las faltas que hubiese cometido anteriormente y que todo el reino, excepto Baviera, se dividiría entre él y Carlos. Habiéndole parecido bien esto a Lotario y los suyos ambas partes juraron aceptar este arreglo y llevarlo a cumplimiento.

7 Se reunieron en Worms, ciudad de los vangiones, donde Lotario se arrodilló humildemente a los pies de su padre en presencia de todos, diciendo: “Reconozco, mi señor padre, en tu presencia y en la de Dios, haber delinquido; por eso no te pido el reino sino tu perdón para merecer tu favor”. El piadoso y clemente padre le perdonó sus culpas y le concedió el favor pedido, con la condición de que en el futuro nada tramaría contra él ni contra Carlos ni contra el reino. Luego lo recibió benignamente y, besándolo, dio gracias a Dios por la reconciliación con su hijo. Festejaron con un banquete, dejando para el día siguiente la discusión sobre las cosas a que se habían comprometido con

juramento. Al día siguiente celebran la reunión. El padre, deseando llevar a cabo lo que habían jurado, le dice: "Hijo, según lo prometido, el reino está a tu disposición. Divídelo a tu gusto. Si tú lo divides, la elección de la parte le corresponderá a Carlos. Si lo dividimos nosotros, la elección de la parte te corresponderá ti". Por tres días trató de efectuar la división. No habiendo logrado hacer esto, le envió a su padre a Josefo y a Ricardo rogándole que él y los suyos dividieran el reino y se le concediera a él la elección de la parte. Juraron por otra parte que la decisión sobre la división solo podría demorarse por causa de ignorancia acerca de cómo hacerla. El padre, de la mejor manera que pudo, dividió todo el reino con los suyos, con excepción de Baviera. Lotario, con los suyos, eligió y recibió la parte austral desde el Mosa, y consintió en que Carlos tomara la parte occidental y juntamente con el padre anunció esta decisión en presencia de todo el pueblo. De este modo, el padre, en cuanto estuvo a su alcance, puso de acuerdo a los dos hijos, rogándoles que se tuviesen mutuo cariño y se protegieran el uno al otro. Esos fueron sus deseos. Cumplidos esos pasos, lo envía a Lotario, ya perdonado y con el reino asegurado, a Italia, recordándole las muchas veces que había jurado y que había delinquido contra él, y exhortándolo piadosamente a no permitir que se frustrara lo que últimamente había prometido en presencia de todos.

8 Por ese mismo tiempo el padre recibe la noticia de que había muerto Pipino y parte del pueblo preguntaba qué ordenaría el abuelo acerca del reino y de sus nietos. Otra parte, apoyaba a su hijo Pipino que, siendo el mayor, ejercía la tiranía. Por lo cual, una vez cumplidos estos trámites con Lotario, reunido un fuerte ejército, se pone en marcha por Clairmont juntamente con Carlos y la madre y se encuentra allí benignamente con la parte del pueblo que lo aguardaba. Dado que en otro tiempo le había dado el reino de Aquitania a Carlos, les ordena que se unan con él. Todos confirmaron su fidelidad con juramento. Después de esto buscó el modo de reprimir a los tiranos. Por ese mismo tiempo Ludovico, según lo acostumbrado, sale de Baviera e invade a los alamanes juntamente con toringos y sajones. Entonces el padre se retira de Aquitania. Deja a Carlos con su madre en Poitiers. Él celebra en Aquisgrán la Pascua y se dirige a Toringa. Expulsado de allí, su hijo Ludovico es rescatado por los eslavos y obligado a huir a Baviera. Realizado esto, en la calenda de julio convoca una

asamblea en Worms y le ordena a su hijo Lotario a que acuda allí desde Italia, para deliberar con él y con sus fieles acerca de Ludovico. Así las cosas, estando Lotario en Italia, Ludovico al otro lado del Rin, Carlos en Aquitania y el padre y emperador Ludovico en una isla cercana a Maguncia, el día duodécimo antes de la calenda de julio, este fallece. Su hermano Drogo, obispo y su archicapellán presidió su sepelio con el honor debido con los abades y condes en Metz, su ciudad, junto a San Arnulfo. Vivió sesenta y cuatro años, gobernó Aquitania por treinta y siete años y ostentó el título imperial por veintisiete años y seis meses.

LIBRO SEGUNDO

Explicadas en la medida de mi tiempo disponible y de mi capacidad las razones del inicio de vuestras disensiones, cualquier lector curioso puede así discernir y conocer por qué, tras la muerte de vuestro padre, Lotario decidió perseguiros a vos y a vuestro hermano. Me voy a esforzar ahora por describir en cuanto me ayuden mis fuerzas y mi memoria, con qué energía y habilidad haya realizado esto. Os ruego que paséis por alto las dificultades que debió afrontar mi pequeñez y que perdonéis si en algo no he cumplido debidamente.

1. Habiendo sabido Lotario que su padre había muerto envió mensajeros a todas partes y especialmente por toda Francia para que anunciaran que él tomaría el Imperio que en otro tiempo le fuera otorgado, prometiéndole a cada uno que poseería los honores que les fueran concedidos por su padre y que incluso les serían aumentados. Ordenó que los dudosos confirmasen su fidelidad con juramento y ordenó igualmente que lo antes posible acudiesen a su encuentro. Para los que se negasen dispuso que se aplicara la pena capital. Queriendo él saber, poco a poco, cómo se iban desarrollando los acontecimientos, antes de cruzar los Alpes, movidos por la ambición y por el miedo, los elegidos acuden a él de todas partes. Viendo esto, comienza a pensar, con esperanza y confianza en su fortaleza, con qué recursos podría ocupar él todo el Imperio con más facilidad. Tuvo en claro que Ludovico era el que tenía el territorio vecino al suyo y de ese modo pensó que era lógico empezar por allí y puso manos a la obra para anularlo por la fuerza. Entre tanto, con astucia envía legados a Carlos que estaba en Aquitania para anunciarle que lo trataría con benevolencia, como había determinado el padre y como correspondía que se trate a un ahijado bautismal. Le rogó que perdonase a su nieto, hijo de Pipino, hasta que hablase con él. Dispuestas así las cosas, se dirige a la ciudad de Worms. Ludovico dejó parte de su ejército para custodia y fue a su encuentro con una tropa de sajones. Lotario, tras un breve combate pone en fuga la custodia y con todo su ejército atraviesa el Rin y marcha hacia Francfurt. Inesperadamente Lotario y Ludovico confluyen en el mismo lugar. Pactan la paz por la noche y uno de ellos pone allí su

campamento y el otro lo hace donde el Meno desemboca en el Rin. Sin demostrar amor fraterno, Ludovico pretendía resistir virilmente y Lotario no creía poder someterlo sin lucha. Esperando poder someter más fácilmente a Carlos, no entabla allí un combate y pactan reunirse en el mismo lugar el día tercero antes de los idus de noviembre. Si entonces no se ponen de acuerdo en lo que le corresponde a cada uno, dirimirán la cuestión con las armas. Dejando así esta cuestión se dirige a someter a Carlos.

2. Por entonces Carlos había ido a Bourges adonde los suyos habían jurado que iría Pipino para celebrar un pacto. Habiendo recibido la noticia eligió a dos mensajeros, Nitardo y Adelgario, para que se dirigiesen a Lotario con la mayor rapidez posible para rogarle que recordase los juramentos que recíprocamente se habían hecho y que mantuviese lo que su padre había determinado entre ellos; que no olvidase también su condición de ahijado; que tuviese él lo que le corresponde y que permita que su hermano posea sin ningún conflicto lo que su padre le otorgó con su consentimiento; prometiendo, que si cumplía con esto, le estaría fielmente sujeto, como corresponde que sea ante su hermano primogénito. Prometió además, perdonarle de corazón todo lo que anteriormente había obrado contra él, rogándole que no buscara apoderarse de los suyos ni perturbe el reino que le fue concedido a él por Dios. Ordenó que todos buscasen la paz y la concordia que estaba establecida entre él y los suyos y que así se conservase. Lotario simuló recibir benignamente a los legados solo como un acto de saludo y dijo que por medio de los suyos respondería sobre el resto. Entre tanto, a los que no quisieron quebrar su fidelidad y no se volcaron hacia él, los privó de los honores que su padre les había concedido. Sin embargo, no daba ningún indicio de lo que pensaba hacer con respecto a su hermano. Entre tanto, todos los que vivían entre el Mosa y el Sena enviaron delegados a Carlos para que acudiese antes de que fuesen avasallados por Lotario, prometiendo colaborar con él a su llegada. Con unos pocos, Carlos se apresura a marchar desde Aquitania a Quierzy y recibe benignamente a quienes se le acercan desde Kohlenwald. En cambio, Herenfrido, Gisleberto, Bovo y los demás, engañados por Odulfo, desconociendo la fidelidad jurada, defeccionaron.

3. Llegó por entonces un enviado desde Aquitania con la noticia de que Pipino, con los que lo apoyaban, estaba intentando atacar a la madre de Carlos. Debido a esa

noticia Carlos les dice a los francos que si antes de que él regrese, su hermano pretende someterlos, vengan hacia él. Además, le contesta a Lotario por medio de Hugo, Adelardo, Gerardo y Hegilón, que habían sido sus enviados, rogándole por Dios que no siga haciendo defeccionar de él a su gente, apoderándose del reino que Dios y su padre le concedieron. Hecho esto marchó rápidamente a Aquitania y puso en fuga a Pipino y su gente. Al mismo tiempo, regresando Lotario desde las tierras de Ludovico, y adhiriendo a él todos, desde Kohlenwald, cruza el Mosa y piensa en llegar hasta el Sena. Cuando se dirigía hacia allí, Hilduino, abad de San Dionisio y Gerardo, conde de la ciudad de París, se apartan de Carlos quebrando la fidelidad pactada y se unen a Lotario. Pipino, hijo de Bernardo, rey de los lombardos y los demás que vieron esto, prefirieron al modo de los esclavos desconocer la fidelidad y quebrar los juramentos más bien que perder prontamente sus bienes y es así que los que acabamos de mencionar, negada la fidelidad, siguieron a Lotario. Este, sintiéndose fortalecido, cruzó el Sena, enviando mensajeros, según su costumbre, delante de él, para conseguir la defección de los que vivían entre el Sena y el Liger, en parte con amenazas y en parte con promesas. Él, según su costumbre, marchaba lentamente hacia Chartres. Cuando supo que Teodorico, Erico y sus seguidores habían decidido venir a su encuentro, confiado en reunirse con una gran multiitud, decidió llegarse hasta el Liger. Carlos, después de haber puesto en fuga a Pipino y dispersado a los suyos y como no tenía donde dejar a su madre en un lugar seguro, se dirigía hacia las tierras de Francia.

4. Habiendo sabido Carlos que todos los que mencionamos anteriormente habían defeccionado de él y que Lotario, con un gran ejército había decidido perseguirlo hasta su muerte y teniendo como enemigos a ambos lados a Pipino y a los bretones, considerando todo esto, reunidos los suyos para deliberar, encontraron muy fácilmente una decisión. Dado que ya no les quedaban más que sus vidas y sus cuerpos, eligieron antes morir con nobleza que traicionar al rey y abandonarlo. Se encaminan al encuentro de Lotario en la ciudad de Orleans. Establecen ambos campamentos a un distancia de seis leguas y envían entre sí mensajeros. Carlos solamente pedía paz con justicia. Lotario, astutamente se esforzaba por engañarlo y someterlo sin necesidad de combatir. Desconfiaba de poder lograrlo debido a una firme resistencia, pero creía poder

subyugarlo puesto que sus fuerzas se incrementaban cada vez más mientras que las de Carlos disminuían. Sin embargo, hubo que establecer el pacto con un combate y así le cedió a Carlos Aquitania, Septimania, Provenza y diez condados entre el Liger y el Sena. Contentándose con esto, debía permanecer allí hasta que se reuniesen en Attigny el día octavo antes de la calenda de mayo. Prometió que de común acuerdo se buscaría la utilidad recíproca. Los nobles que acompañaban a Carlos vieron que este asunto era superior a sus fuerzas y mucho temían que si se iba a una batalla ellos eran tan pocos que difícilmente podrían salvar a su rey —en quien todos tenían puesta una no pequeña esperanza—. Aceptan, por lo tanto esos acuerdos aguardando que Lotario sea un fiel amigo para Carlos como por justicia un hermano debe ser para su hermano, y le permita poseer en paz el reino disputado y no con la hostilidad con que había atacado a Ludovico. Las cosas debían mantenerse de acuerdo al derecho que se había jurado. De esta manera lograron con habilidad salvar a su rey del peligro quedando ellos sin faltar a su juramento. Antes de que los que habían pronunciado este juramento regresaran a su lugar, había tratado de que algunos de ellos defeccionaran y los citó para recibirlos al día siguiente. Luego hizo que se retiraran inmediatamente al reino que había determinado, pero en cuanto estuvo a su alcance trató de apartarlos de Carlos y de que se retiraran de Provenza para someterse a él, esforzándose por convencerlos con astucia y con la fuerza, como había hecho con Ludovico.

5. Carlos, entre tanto, se estableció en Orleans, donde recibió benigna y gratamente a Teobaldo y Warino con algunos otros provenientes de Provenza. Desde allí, se dirigió a Nevers para encontrarse con Bernardo, según lo dispuesto. Pero Bernardo, según su costumbre, difirió su llegada, aduciendo que había había hecho con juramento un arreglo con Pipino y los suyos que ninguno de ellos pactaría con nadie sin el consentimiento del otro. Si en quince días no se cumplía ese juramento, prometió que acudiría y se sometería a él. Carlos volvió a ir a su encuentro en Bourges. Bernardo llegó sin haber hecho nada de lo propuesto y Carlos, con temor por las seducciones que le había formulado a su padre y le repetía a él, pensando que no cabía otra alternativa, decidió atacarlo repentinamente. Aunque tardíamente Bernardo presintió esto y se dio a la fuga logrando apenas ponerse a salvo. Carlos dispersó a algunos de los suyos y dejó a

varios heridos o semivivos; a otros ilesos los tomó prisioneros y ordenó custodiarlos como cautivos; permitió que los suyos se apoderaran de las provisiones. Bernardo, con más humildad posteriormente se acercó suplicante a Carlos, diciendo que siempre había sido fiel y que deseaba seguir siéndolo si eso le era permitido y que si bien esta contumelia lo había afectado no tenía por qué desconfiar de él en el futuro y si alguien decía algo en contrario él estaba dispuesto a probar su fidelidad con las armas. Carlos le creyó y lo colmó de presentes y favores y le brindó su amistad y trató de que se esforzase por inclinar a Pipino y los suyos a que aceptaran ser sus súbditos. Hechos estos acuerdos se dirigió a Le Mans para recibir a Lamberto y Erico y a otros varios. Luego de recibirlos muy amablemente se dirige prontamente hacia Noumenio, líder de los bretones, para averiguar si estaba dispuesto a someterse a su jurisdicción. Este, accediendo a los consejos de muchos, le envía presentes a Carlos y confirma su fidelidad con juramento. Entonces ya parecía estar cerca el momento acordado para reunirse en Attigny para realizar el pacto y Carlos estaba ansioso acerca de qué sería lo conveniente para preservar sólidamente el bien de los suyos. Convoca a sus consejeros privados, les explica el problema y los consulta acerca de cómo creen que él y los suyos pueden resolver adecuadamente una calamidad tan grande. Les dice que él quiere servir a la utilidad pública y, si fuese necesario afrontaría sin dilación la muerte. Viendo estos que las fuerzas crecían constantemente y recordando las insidias que Lotario anteriorrmente había tramado contra Carlos y su padre y no dejaba de hacerlo para con sus hermanos después de la muerte del padre —además de faltar a todos sus juramentos—, dijeron que con gusto aceptarían de él un acuerdo justo pero que, dados los indicios, nada bueno podía esperarse. Le aconsejaron, con todo, acudir sin dilación al lugar acordado para el pacto. Si su hermano, según lo prometido, deseaba buscar la utilidad común y preservarla, eso era lo conveniente y a todos les gradaría aceptarlo. Pero si las cosas ocurrían de otra manera, confiando en la justicia y en el auxilio divino para él y los suyos, no descanse hasta obtener la parte del reino que su padre le había dejado a él con el consentimiento de ambos hermanos.

6. Les ordenó, por lo tanto, a todos los aquitanos, que estaban de su parte, que vinieran con su madre tras él, y lo mismo hizo con respecto a todos los que desde

Borgoña hasta las tierras entre el Sena y el Liger deseaban permanecer bajo su jurisdicción. Él mismo con los que lo acompañaban, aunque presentían dificultades, tomaron el camino mencionado. Llegando al Sena encuentra a Guntboldo, Warnario, Arnulfo, Gerardo y a todos los condes, abades y obispos desde la región de Kohlenwald hacia abajo, dejados allí por Lotario para que no permitiesen el paso de nadie sin su consentimiento. Se añadía a esto que el río había desbordado y anegado los vados y los custodios habían destruido o hundido las embarcaciones. Gerardo, además, había hecho destruir todos los puentes que encontró. Por lo tanto el tránsito se había hecho sumamente difícil para cualquiera que lo intentase. Mientras agitaban en la mente innumerables posibilidades, finalmente se apoderan de unas naves de mercaderes en la desembocadura del Sena adonde habían llegado por el calor ardiente mientras se dirigían a Rouen. Carlos llega tasta alí y carga con soldados armados veintiocho de las naves y sube en una él mismo. Envía nuncios que comuniquen su llegada perdonando sus culpas a quienes lo reciban y a los que no acepten que le entreguen el reino que a él le fue dado por Dios. Despreciaron esta advertencia, pero cuando vieron aproximarse las naves, la cruz por la que habían jurado y a Carlos, se alejaron de la costa y huyeron. No pudiendo perseguirlos por la demora de los caballos, se dirigió a San Dionisio, para alabanzas y plegarias. Al llegar descubre que aquellos a quienes había dispersado y puesto en fuga se habían unido con Arnulfo, Gerardo y los demás y querían atacar a Teutbaldo, Warino, Otberto y los otros que, según lo ordenado, estaban con él. Por lo cual se dirige a San Germán para orar y marchando toda la noche, al amanecer, en el lugar donde el Loing desemboca en el Sena lo pone a salvo a Warino y los suyos. Por el mismo camino llega a Sens. Durante la noche, marchan por Utta, esperando encontrar en en esos bosques a los perseguidos mencionados anteriormente. Estaba dispuesto a caer sobre ellos de cualquier manera. Hubiera hecho esto, si ellos no hubieran temido una muerte inminente y, aterrorizados, cada uno se diese a la fuga por donde le fue posible. Carlos no pudo perseguirlos por el cansancio de los suyos. Llega al día siguiente a Troyes para la Cena del Señor.

7. Mientras Carlos realizaba lo que hemos estado narrando, Lotario, como ya adelantamos, con toda su astucia trataba de derrotar a Ludovico o con engaños

o por la fuerza, cosa que él prefería. Convoca para esto oportunamente a Otgario, opispo de la sede de Maguncia y a Adelberto, conde de Metz. Ambos sentían un odio mortal hacia Ludovico. Adelberto había sufrido una enfermedad a lo largo de un año. Se había curado como para colaborar en el fratricidio. Era tan firme en sus decisiones en ese momento que difícilmente alguien lo podría hacer cambiar de opinión. Debido a ese instinto, Lotario reúne tropas de distintos lugares y cruza el Rin, enviando anticipadamente, según su costumbre, a quienes tentasen a la gente con amenazas y promesas. El pueblo que estaba con Ludovico sentía temor porque pensaba que él no podría resistir a una fuerza tan grande y entonces en parte se unen a Lotario y en parte se dan a la fuga, dejándolo solo. No teniendo de donde recibir ayuda, con unos pocos se refugia en Baviera. Ante esto Lotario estimó que ya no debía preocuparse. Deja en ese territorio a Adelberto, a quien ya nos hemos referido, para que confirme la adhesión del pueblo con juramentos y que impida que Ludovico pueda de alguna manera unirse con Carlos. Él, por su parte, sabiendo que Carlos había cruzado el Sena, se epreparaba para salir a su encuentro. Procura informarse rápidamente acerca de dónde está Carlos y con cuántos. Va a celebrar la Pascua en Aquisgrán.

8. En el sábado santo le ocurrió a Carlos algo sorprendente y digno de nota. Cuando él y sus acompañantes se encontraban sin otra cosa más que sus cuerpos y no contaban ni con armas ni con caballos y se preparaban para vestirse al salir del baño, llegaron repentinamnte enviados desde Aquitania, trayendo la corona y los ornamentos reales y todo lo perteneciente al culto divino. ¿Quién no verá con admiración que unos pocos hombres casi desconocidos, recorrieran un largo espacio con tanta cantidad de oro y piedras preciosas sin ser molestados por tantos que en todas partes se encontraban cometiendo robos? Y hay algo que considero más admirable aún y es que llegaron a un lugar bien determinado en un día y hora exactos cuando ni el mismo Carlos ni los suyos sabían cuál era el lugar oportuno para establecerse. Este evento no parece haber podido suceder sino solo por intervención divina. Produjo a la vez sorpresa y esperanza para todos los seguidores de Carlos. Carlos y toda su cohorte se dirigen con alegría a festejar las fiestas. Cumplidas estas cosas, recibe benignamente a los enviados de Lotario y los invita a un banquete pidiénndoles que esperasen hasta

el día siguiente para retirarse. Él respondería por medio de sus propios enviados a las propuestas de su hermano. Los legados de Lotario habían preguntado por qué Carlos había sobrepasado sin su consentimiento los límites establecidos; y, ya que lo había hecho, al menos debía permanecer donde estaba hasta que él le ordenara si debía acudir al lugar establecido o a otro más conveniente. Carlos responde por medio de sus enviados que había excedido los límites determinados porque de todos los bienes que le habían sido prometidos y confirmados con juramento nada había permanecido estable. Porque Lotario había añadido a su jurisdicción algunos de los hombres de Carlos y a otros se les había quitado la vida y, además se habían pertubado las tierras que debían estar sujetas a su dominio y, lo más importante de todo, se había mostrado hostil con su hermano, obligándolo a buscar ayuda de los paganos. Sin embargo, siendo este el estado de las cosas, Lotario le ordenó acudir a la reunión que habían establecido de común acuerdo; allí buscarían establecer un acuerdo para la utilidad común. De otro modo, sobre el reino que Dios y su padre le habían dado con el consentimiento de los suyos, manifestó estar atento al consejo de los suyos y sometido a la voluintad de Dios. Estando así las cosas, por el mismo camino regresó adonde había estado el día anterior. Lotario fue dilatando acudir a ese lugar pero siguió enviando sus quejas por medio de enviados, temiendo que Carlos pudiese caer de improviso sobre él.

9. Llegaron entonces legados de Ludovico anunciando que si supiera cómo hacerlo acudiría en su ayuda. Carlos respondió que necesitaba ayuda, dándole las gracias y a propósito de esto despachó enviados. Habiendo esperado allí la llegada de Lotario por un poco más de cuatro días y dilatando este su venida, Carlos se reúne con los suyos para deliberar acerca de qué decisión tomar. Algunos le aconsejaron ir al encuentro de su madre que estaba llegando con algunos aquitanos, pero la mayor parte le aconsejaba emprender el camino hacia Lotario o bien esperar su llegada en algún lugar determinado, principalmente, porque si él comenzaba a moverse hacia algún otro lado, todos pensarían que estaba huyendo y Lotario y los suyos se mostrarían más audaces y los que todavía estaban temerosos y no habían tomado partido, se irían uniendo a él, lo que sucedió. Aunque era difícil, prevaleció la opinión de los primeros y Carlos se establece en Chalons donde se encuentra con su madre y

los aquitanos. Allí recibe la noticia de que Ludovico, tras un combate con Adelberto, duque de los austrasianos, en el que había resultado vencedor, había cruzado el Rin y vendría en su ayuda lo más rápidamente posible. Habiéndose conocido esto en los campamentos todos deseaban con alegría ir a su encuentro. Cuando Lotario se enteró de este estado de cosas, anunció que deseaba ir rápidamente tras Carlos que había huido rodeado de una parte del pueblo. Con este anuncio causó la alegría de sus fieles y a los dudosos les infundió audacia y los hizo seguidores suyos aún más firmes. Habiendo sabido Carlos que Lotario se había lanzado en su persecución, estableció su campamento en un lugar rodeado de lagunas, para poder reunirse sin peligro con Lotario, si este lo deseaba, y marchó prontamente a su encuentro. Cuando esto le fue anunciado, Lotario estableció su campamento y le dio un descanso de dos días a sus caballos agotados. Intercambiaron emisarios repetidas veces pero nada pudieron acordar. Finalmente se encuentran Carlos y Ludovico y deliberan dolidos de que Lotario se mostrase siempre cruel sin ninguna moderación con los suyos y decidieron esperar al día siguiente para adoptar una decisión. Al amanecer se reúnen y deliberan sobre qué hacer en medio de tal calamidad. Cuando terminaron de contarse lo que habían debido soportar de parte de su hermano, convinieron ambos en elegir hombres nobles, prudentes y benévolos de entre el santo orden de los obispos y de los laicos para que le recordaran al hermano lo que el padre había establecido entre ellos y lo que ellos dos habían padecido de su parte después de su muerte y le pidan que se acuerde de Dios omnipotente y les conceda paz a sus hermanos y a toda la Iglesia de Dios; que le permita a cada hermano poseer lo que por consenso del padre y de él mismo justamente se les debe y que si acepta estos justos ruegos, le ofrecen todo lo que está a la vista en el ejército, salvo los caballos y las armas. Verían con agrado que aceptase estos ruegos. De otro modo, confiaban en esperar sin ninguna duda la ayuda divina ofreciendo ellos a su hermano humildemente lo que es justo. De este modo se hizo lo que consideraron razonable.

10. Lotario desconoció todo esto con el mayor desprecio y por medio de enviados manifestó que él solo decidiría las cosas combatiendo. Emprendió a continuación su marcha al encuentro de Pipino que venía hacia él desde

Aquitania. Enterados de esto, Ludovico y los suyos se preocuparon en gran medida —debían enfrentar el largo del camino, las variadas dificultades para combatir y, principalmente, la escasez de caballos— sin embargo, a pesar de estas dificultades, temiendo que de no poder auxiliar a su hermano, dejarían para la posteridad un recuerdo indigno, prefirieron elegir afrontar cualquier clase de penurias y aun sufrir la muerte si fuese necesario antes que perder un nombre digno. Con ese rasgo de magnanimidad opacada por la tristeza, se exhortaban mutuamente y marchaban veloz y con alegría a encontrar a Lotario. Inesperadamente, ambos ejércitos se avistaron cerca de la ciudad de Vaussors. Lotario, temiendo que sus hermanos pudieran irrumpir sobre él repentinamente, puso su campamento armado a una cierta distancia. Cuando sus hermanos advirtieron esto, dejaron una parte de los suyos en el campamento, tomaron consigo a un grupo armado y de inmediato marcharon a encontrar a Lotario. Se envían mensajeros y por la noche hacen un pacto de paz. Los campamentos distaban uno de otro más o menos tres leguas y en medio había una pequeña laguna y un bosquecillo y esto hacía que el acceso entre ellos fuese difícil. Al amanecer Ludovico y Carlos envían mensajeros a Lotario manifestando su disgusto porque les negaba la paz sin combatir; si así lo quería y sin ningún tipo de fraude, si eso era necesario, se haría. Primeramente se debía invocar a Dios con ayunos y votos; luego, si él deseaba llegar hasta ellos, le prometen darle un lugar de paso para que sin ningún impedimento, pudieran encontrarse sin ninguna clase de engaño. Si lo deseaba, esto se podría confirmar con juramentos: si no quería hacerlo, pedían que les confirmase que iba a darles lo acordado. Según su costumbre prometió darles la respuesta por medio de sus enviados, y cuando regresaron los legados se puso en camino a Fontenoy para establecer allí su campamento. En ese mismo día los hermanos de Lotario se adelantaron y pusieron su campamento junto a la aldea de Thury. Al día siguiente los ejércitos se adelantaron algo de sus campamentos preparados para combatir. Ludovico y Carlos le enviaron un mensaje a Lotario de que recordase su condición fraterna, que permitiese que la Iglesia de Dios y el pueblo cristiano tuviesen paz, que debía permitirles a ellos tener los reinos que les había concedido el padre con su consentimiento, y que él poseyera el suyo que no se debía a sus méritos sino a la bondad del padre. Le ofrecían como regalo todo lo

que estaba a la vista en el ejército menos las armas y los caballos; si no quería eso, cada uno le ofrecía una porción del reino, uno, hasta Kohlenwald y el otro, hasta el Rin; si no aceptaba esto, dividirían toda Francia equitativamente, eligiendo cada uno su porción. Según su costumbre, Lotario respondió que les iba a indicar por medio de sus emisarios lo que fuera de su agrado. Envió a Drogo, Hugo y Hegiberto, que nunca antes habían sido enviados, para comunicar que necesitaba un tiempo para deliberar sobre la propuesta, dado que todavía no había llegado Pipino y deseaba esperarlo. Sin embargo, por medio de Ricuino, Hirmenaldo y Federico afirmó con juramento que por ninguna otra razón solicitaba esta tregua más que para provecho de ellos y de todo el pueblo como era justo entre hermanos y en medio del pueblo cristiano. Ludovico y Carlos creyeron en este juramento y por ese día y el día siguiente y hasta la hora segunda del tercer día que fue el día séptimo antes de la calenda de julio, afirmada la paz por ambas partes con juramento, regresan al campamento, para celebrar al día siguiente la misa de san Juan. Ese mismo día Lotario recibe como refuerzo a Pipino y les hace saber a sus hermanos que con toda autoridad a él le fue impuesto el título de emperador y deben considerar que él debe cumplir el grandioso oficio que corresponde a ese título. Por lo demás él buscaba gustoso el provecho de sus hermanos. Preguntados acerca de si aceptaban lo que se les había indicado, respondieron que nada se les había impuesto. Pareciendo, pues, que ya no quedaba ninguna esperanza de paz de parte de Lotario, le mandan decir que, si no encontraba una solución mejor, recibiendo a los enviados, tenía que saber que ellos al día siguiente —lo que sucedió, como se dijo, el día séptimo antes de la calenda de julio— a la hora segunda del día, apelarían al juicio de Dios, aun siendo esto en contra de su voluntad. Lotario despreció esto con insolencia, según su acostumbrado modo de actuar, respondiendo que ya verían ellos cómo iba a actuar de acuerdo a su deber. Mientras escribía estas cosas, estando a orillas del Liger, en San Fludualdo, en la hora primera de la feria tercera antes de la calenda de julio, ocurrió un eclipse de sol en Escorpión. En esa madrugada, Ludovico y Carlos se levantan y con una tercera parte del ejército ocupan el vértice del monte contiguo al campamento de Lotario, y esperan su llegada para la hora segunda, según lo convenido. Allí se enfrentan y se traban en un gran combate junto al río Borgoña. Ludovico y Lotario se

enfrentan fuertemente en el lugar llamado Britas. Lotario es superado y huye. La parte del ejército que Carlos había desplegado en Fagit, se bate prontamente en retirada; pero la parte que había sido ubicada en Solémé, con Adelardo y el resto, con no poca ayuda del Señor, combatió firmemente. Allí vencieron y, por último, todos los de la parte de Lotario se dieron a la fuga.

Con este término del primer combate para Lotario, pongo fin al libro segundo.

LIBRO TERCERO

Me avergüenza oír algo siniestro sobre nuestra estirpe y mucho más me apena tener que referirlo. Es por eso que, sin despreciar de ninguna manera el imperio, según lo presentado en el libro segundo, quiero con todo mi ánimo terminar esta narración. Para que nadie, decepcionado por lo que ocurrió en nuestro tiempo, pretenda narrar tergiversadamente lo sucedido, decidí escribir un tercer librito describiendo las cosas a las que asistí.

1. Terminado, como ya se dijo, el aguerrido combate, Ludovico y Carlos comenzaron inmediatamente a deliberar acerca de qué hacer con los dispersos. Algunos, movidos por la ira, aconsejaban perseguir a los enemigos. Otros, principalmente los reyes, sintiendo piedad por el hermano y el pueblo, tenían, como de costumbre, otros pensamientos más humanos. Esperaban que los que habían recibido este castigo de la mano de Dios se arrepintieran de su inicua ambición y, con el favor de Dios, se sintieran unánimes en la verdadera justicia. Aconsejaban que en esta eventualidad prevaleciese la misericordia divina. Una gran parte estuvo de acuerdo con este parecer y desistieron de una persecución y saqueo y al mediodía regresaron al campamento para deliberar acerca de qué hacer en el futuro. Fue muy grande el botín y también el número de muertos, y fue, además muy amplia y meritoria la misericordia tanto de los reyes como la de todos en general. Por diversas razones decidieron pasar allí el día domingo. En ese día, después de la misa, dieron sepultura a amigos y enemigos, fieles e infieles, reconfortando en la medida de lo posible a los heridos. Después de esto, les enviaron mensajeros a los que habían huido, ofreciéndoles el perdón de sus delitos si regresaban con sana intención. Después de esto los reyes y el pueblo, con preocupación, comenzaron a interrogar a los obispos sobre qué hacer con el hermano y el resto del pueblo cristiano. Todos los obispos concurrieron unánimemente a una asamblea y decidieron esforzarse solo por la justicia y la equidad ya que se había manifestado en este resultado el juicio de Dios y por eso en este asunto deberían estar inmunes todos los ministros de Dios tanto los que aconsejaron como los que actuaron. Todo el que en esta expedición hubiera

actuado o aconsejado conscientemente con odio, ira o vanagloria, o cualquier otro vicio, debía confesar secretamente su delito y ser juzgado según su culpa. Sin embargo, por respeto y alabanza de una tal manifestación de justicia, por la remisión de las culpas de los hermanos muertos —dado que muchos imperfectos sabían que con voluntad o sin ella, eran pecadores— para que con la ayuda de Dios quedaran liberados, puesto que Dios se mostró su protector y para que pudiera seguir siéndolo, por todos estos motivos se decretó y celebró con aceptación de todos un triduo de ayuno.

2. Cumplidas estas acciones, Ludovico decidió ir hacia el Rin. Carlos consideró conveniente marchar a Aquitania por diversos motivos, principalmente para tratar de someter a Pipino. Bernardo, duque de Septimania, se había mantenido a unas tres leguas de distancia del lugar del combate y no había prestado ayuda a ninguno de los participantes. Cuando se enteró de la victoria de Carlos, envió hacia él a su hijo Willelmo con el encargo de que si deseaba otorgarle los honores que le había concedido a él en Borgoña, quedaría bajo su protección. Se jactaba además de poder someter a Pipino y los suyos a una alianza con Carlos. Carlos recibió benignamente a esa legación y concedió todo lo que se le pedía y le advirtió que procurase lograr lo que había prometido acerca de Pipino y los suyos. Pareciendo que se habían eliminado todas las adversidades y con la esperanza de un futuro próspero para todos, Ludovico con los suyos partió hacia el Rin y Carlos con su madre se estableció junto al Liger. Los asuntos públicos quedaron más descuidados de lo que hubiera sido conveniente. Ambos los descuidaron siguiendo los impulsos de sus voluntades. Enterado de esto, Pipino difirió más de lo deseado el establecer una alianza. Bernardo se llegó hasta él, pero Pipino no aceptó de ninguna manera someterse a él. Algunos defeccionaron de Pipino y ese fue el único provecho para Carlos, que los recibió en alianza. Entre tanto, Adelardo y los otros que Carlos había enviado a los francos, deseando saber si querían unirse a él, acudiendo a Quierzy, adonde él había enviado a sus mensajeros, se enteró de que fueron muy pocos los que llegaron. Dijeron que si el mismo Carlos estuviera allí no dilatarían la venida, manifestando que de otro modo ni siquiera sabían si Carlos estaba vivo. Los partidarios de Lotario afirmaban que Carlos había caído en el combate y que Ludovico había sido herido y se había dado a la fuga. Por lo tanto consideraban

poco aconsejable establecer una alianza con alguien en medio de circunstancias tan dudosas. Guntboldo y otros reunidos con él simulaban cargar contra los enviados de Carlos y ciertamente lo hubieran hecho si se hubiesen atrevido. Visto lo cual, Adelardo y los suyos enviaron mensajeros a Carlos para que tratarse de venir lo más pronto posible a prestarles ayuda y averiguar si realmente los francos deseaban unirse a él. Ellos se dirigen entonces a París para esperar la llegada de Carlos. Cuando esto le fue comunicado, Carlos decidió iniciar el viaje a esos lugares. Cuando llegó al Sena, Adelardo y los demás salieron a su encuentro en Espone-sur-Moudre y aunque era inminente una reunión con su hermano en la calenda de septiembre en Langogne, juzgó aconsejable tomar su camino por la ciudad de Beauvais y luego por Campegne y Soissons y luego por Reims y Chalons para dirigirse finalmente a Limogne, como había acordado con su hermano. Si algunos de los francos deseaban, como decían allegarse a él, podían hacerlo. Los francos al igual que los aquitanos despreciaban el pequeño número de seguidores de Carlos y con varias razones engañosas dilataron someterse a él. Sabiéndolo, Carlos apresuró su marcha hacia Reims. Cuando llegó recibió la noticia de que Ludovico no podía acudir a la reunión acordada en Limogne porque Lotario estaba preparando un ataque hostil contra su reino, Le anunciaron también, su tío Hugo y Gisleberto, conde de Masago, que si pasaba por esos lugares se unirían a él con los suyos.

3. Por lo tanto, para ayudar a su hermano y para recibir a los que quisieran unírsele se puso en camino a San Quintín. Se encontró con Hugo, según lo previsto y de allí se encaminó hacia la región de Traiecto. Lotario, informado de esto, dejando la idea de atacar a Ludovico, como había pensado, tomó el camino a Warmacia para una reunión establecida en Diednhofen, maquinando cómo caer sobre Carlos. Carlos, estando en Visé, se informó de esto, envió a Hugo y Adelardo a unirse con Gisleberto y los demás que estaban en alianza con él. Lo envía a Rábano a prestar auxilio a Ludovico en los lugares donde Lotario, abandonando la idea de caer sobre Carlos, se estaba preparando para atacar con todas sus tropas. Por eso Ludovico le ruega encarecidamente a Carlos que lo más rápidamente posible acuda en su ayuda. Además le envía a Lotario al venerable obispo Exemenón, para que le ruegue humildemente que recuerde que él es su hermano y ahijado; que recuerde lo que su padre había establecido entre ellos y

que ellos habían jurado mutuamente; que recuerde que últimamente se había manifestado en el juicio de Dios su voluntad; y si no quiere recordar ninguna de estas cosas, cese en la persecución de la santa Iglesia de Dios, tenga compasión de los pobres, las viudas y los huérfanos, y no intente ocupar el reino que el padre le concedió con su consentimiento y evite así llevar al pueblo cristiano a una matanza mutua. Dispuestas así estas cosas se dirige a la ciudad de París para esperar allí la llegada de su hermano Ludovico y otros fieles convocados de distintas partes. Enterado Lotario de esto, se dirige a la misma ciudad; pues tenía consigo numerosos sajones, austrasios y alamanes; con mucha confianza en el auxilio de todos estos llega a San Dionisio. Había encontrado allí alrededor de veinte naves. El Sena, como es usual en septiembre, tenía poca agua y cruzarlo era muy fácil. Carlos dejó algunas fuerzas para custodiar París y Meulan y otras las estacionó donde había vados o naves. Él estableció su campamento en la región intermedia de San Dionisio, junto a San Fludualdo; de este modo podía prohibirle el paso a Lotario, si era menester o socorrer a los suyos si Lotario los atacaba, Para conocer más fácilmente adónde debía prestarse ayuda colocó señales oportunas al estilo marítimo con custodias. Además, lo que es digno de admiración, en esa época nunca llueve durante dos meses pero repentinamente el aire sereno comenzó a cargarse de humedad y las lluvias hicieron crecer el nivel del Sena e impidieron el paso por todos los vados. Estando así las cosas, viendo Lotario que el paso no le estaba permitido, decidió establecer la paz con Carlos, desconociendo la alianza confirmada con juramentos entre Carlos y Ludovico y desconociendo la que tenía él, confirmada también con juramento, con su sobrino Pipino. Carlos tendría la parte occidental del Sena, sin la Provenza ni la Septimania, y así se encontrarían ligados con una paz perpetua. Realmente lo que esperaba era engañarlos fácilmente y quedarse él astutamente con todo el Imperio. Carlos respondió que de ninguna manera iba a violar la alianza que, obligado por la necesidad, había establecido con su hermano. Además, no parecía oportuno despojarse del reino que su padre le había otorgado desde el Mosa hasta el Sena, principalmente porque una parte importante de la nobleza de esas regiones que lo había seguido a él no debía quedar decepcionada en su fidelidad. Por lo cual, dado que era inminente el invierno, si deseaba conservar los honores concedidos por su padre, le mandó decir que en primavera podían

reunirse acompañados por unos pocos o por toda la comitiva, para decidir en concordia respetar los pactos establecidos o, por establecerse o decidirlo por las armas. Lotario, como era su costumbre despreció estos mensajes, se retiró de San Dionisio y tomó el camino hacia Sens, al encuentro de Pipino, que venía desde Aquitania. Carlos, por el contrario, se ocupó de ver cómo Ludovico podía acudir en su ayuda.

4. Por ese entonces le fue anunciado a Carlos que su hermana Hildegarda había capturado a un tal Adelgario, que era uno de los suyos y lo tenía bajo custodia en la ciudad de Laon. Carlos eligió algunos de los suyos para este asunto y, al caer el día partió rápidamente hacia allí. Esa ciudad estaba a una distancia de unas treinta leguas. Viajó toda la noche con el camino dificultado por el hielo y alrededor de la hora tercia inesperada y súbitamente la hermana y una gran cantidad de ciudadanos y del pueblo reciben la noticia de la presencia de Carlos y de que toda la ciudad se encontraba rodeada de soldados. Aterrorizados, ya que no podían huir ni proteger las murallas, piden la paz para esa misma noche y entregan inmediatamente a Adelgario y prometen entregar sumisamente la ciudad al día siguiente. Mientras sucedía esto, los soldados no soportaban esta dilación y sentían el cansancio de toda la marcha de la noche y comenzaron por todas partes el saqueo de la ciudad y esta hubiera quedado sujeta al incendio y al botín si Carlos, movido por su piedad hacia las iglesias y hacia su hermana y el pueblo cristiano, no hubiese tratado con amenazas y promesas de calmar los ánimos, cosa que logró no sin gran trabajo. Como lo había pedido su hermana, hizo que se retiraran de la ciudad y se retiró él a Samoussy. Al día siguiente, según lo convenido, Hildegarda, como había prometido, asegura su fidelidad y Carlos le entrega la ciudad intacta y sin conflicto a su jurisdicción. Carlos recibió benignamente a su hermana y le perdonó todo lo que había obrado contra él; le habló largamente y con la benignidad que un hermano le debe a su hermana, si es que deseaba comportarse debidamente hacia él. Le concedió que se dirigiera adonde deseara. Estableció sus derechos para la ciudad y, concluidos estos asuntos, regresó hacia los suyos que había dejado en París. Lotario, habiendo recibido a Pipino en Sens, estaba ansioso sobre qué determinación tomar. Porque Carlos había hecho cruzar el Sena a parte del ejército y se dirigió a una floresta vulgarmente conocida como Perche. Temiendo Lotario que estos se

lanzaran sobre él o los suyos, decidió atacar por primero. Esperaba destruirlos fácilmente y con el terror que eso produciría someter a los otros y principalmente dominar a Nomenoio, líder de los britanos. Pero en vano intentó todo esto y no pudo llevar a efecto ninguno de estos proyectos. El ejército de Carlos quedó completamente a salvo, nadie se pasó a su facción y Nomenoio despreció todas sus amenazas. En medio de estas circunstancias recibió la noticia de que Ludovico y Carlos se unían rápidamente con grandes ejércitos. Viéndose así rodeado completamente por circunstancias adversas, habiendo recorrido inútilmente una gran distancia comenzó a retirarse de Tours y finalmente, tan cansado él como su ejército, llegó a Francia. Pipino, que se había asociado con él, arrepentido regresó a Aqiuitania. Habiendo sabido entonces Carlos que Otgario, obispo de la sede de Maguncia, junto con otro, le había impedido a Lotario el paso hacia él, apresurando la marcha por la ciudad de Toul y Elisas, llega a Zabern. Enterado de esto, Otgario y los otros, dejando la costa, se retiraron adonde cada uno pudo.

5. El día decimosexto antes de la calenda de marzo, Ludovico y Carlos se reunieron en la ciudad entonces llamada Argentario y que hoy se llama Estrasburgo, y pronunciaron los juramentos citados más adelante. Ludovico en lengua romana y Carlos en lengua tedesca. Antes de los juramentos le hablaron al pueblo reunido uno en lengua tedesca y el otro en lengua romana. Ludovico, que era el mayor en edad, tomó primeramente la palabra y dijo: "Bien sabéis cuántas veces Lotario, después de la muerte de nuestro padre, intentó destruirnos a mí y a mi hermano persiguiéndonos con ansias de exterminarnos. No habiendo podido lograrse que reinase la paz y la justicia entre nosotros ni en razón de la fraternidad ni de una convicción cristiana ni por convicción alguna, finalmnte, llevada por necesidad la causa al juicio de Dios y con esta decisión divina cada uno debía quedar contento con lo que nos correspondia. Como sabéis, por la misericordia de Dios, resultamos vencedores. Él con los suyos se retiró adonde pudo hacerlo. Movidos por el amor fraterno y por compasión por el pueblo cristiano no los perseguimos ni quisimos destruirlos y ordenamos que, como siempre, cada uno se contentanse con lo que se le debía por justicia. Después de esto él, no contento con el juicio divino, no cesa de perseguirnos con hostilidad a mí y a mi hermano, y devasta a nuestro pueblo con incendios, rapiñas y

muertes. Por eso, llevados por la necesidad y porque creemos que tenéis alguna duda sobre nuestra fidelidad y la firmeza de nuestra fraternidad, hemos decidido prestar este juramento en vuestra presencia. No hacemos esto movidos por alguna inicua codicia, sino para estar más seguros del provecho común, si Dios nos brinda la paz con vuestra ayuda. Sin embargo, lo que esperamos que no ocurra, si llego a violar este juramento para con mi hermano, os absuelvo de toda la fidelidad que me habéis jurado". Habiendo Carlos repetido estas mismas palabras en lengua romana, Ludovico, que era mayor en edad fue el primero en afirmar que cumpliría con esto. *Pro Deo amur et pro Christian poblo et pro nostro commun saluament, d´ist di in auant, in quant Deus sauir et podir me dunat, si saluarai eo cist meon fradre Karlo et in aiudha et in caduna cosa, si cum om per dreit son fradra salvar dist , in o quid il mi altresi fazet; et ab Ludher nul plaid numquam prindrai, qui meon uol cist meon fradre Karle in damno sit.* "Por el amor de Dios y por el pueblo cristiano y nuestra salvación, desde este día en adelante, si Dios me da la sabiduría y el poder a mi hermano Carlos con ayuda y cualquier otra cosa, como se debe proteger a un hermano, de modo que él pueda hacer lo mismo por mí y yo nunca voluntariamente voy a establecer un tratado con Lotario que pueda dañar a mi hermano Carlos". Cuando concluyó Ludovico, Carlos pronunció esas mismas palabras en lengua tedesca: *In godes minha inthes christianes folches ind unser bedhero gehaltnissi, fon thesemo dage frammordes. so fram so mir got gewizci indi mahd furgibit, so halñdioh ythesan minan bruodher, soso man mit rehtu sinan boudher scal, in thiu thaz er mig so sama duo, indi mit ludheren in nohheniu thiong ne gegando, the minan willon imo ce scadhen werdhen.* Y el juramento que cada pueblo ponunció, cada uno en su propia lengua, es el siguiente: "Si Ludovico (Carlos) cumple lo que ha jurado a su hermano Carlos (Ludovico) y Carlos (Ludovico), mi señor, por otra parfe, lo viola, y yo no puedo disuadirlo de eso —ni yo ni nadie puede disuadirlo de eso— entonces yo no lo ayudaré de ninguina manera contra Ludovico (Carlos)". Cumplidos estos actos, Ludovico se dirigió hacia el Rin por Speyer y Carlos desde Wasgenwald se dirigió a Worms por Weissenburg. La época en que se libró el combate había sido muy fría y los frutos fueron recogidos tardíamente; el otoño y el invierno siguieron el orden natural. El mismo día en que los hermanos efectuaron el mencionado pacto cayó mucha nieve sobre el hielo ya existente. La

estrella del cometa apareció en diciembre, enero y febrero hasta la mencionada reunión, ascendió en el centro por Piscis y desapareció, terminados estos actos, entre el signo que algunos llaman Lira y otros Andrómeda y uno más oscuro Arturo. Tras estos pocos comentarios sobre el clima y el curso de los astros, volvamos a los acontecimientos de la historia. Una vez en Worms, eligen nuncios para que fuesen a Lotario y a los sajones; y determinan esperar la llegada de estos y de Carlomán entre Worms y Maguncia.

6. Aquí me voy a apartar de la narración de los hechos, que fueron ciertamente felices y dignos de nota. Me agrada aquí decir algo sobre las cualidades de estos reyes y la unanimidad que hubo entre ellos desde entonces. Ambos tenía una figura de tamaño normal, muy elegante y vigorosa; ambos eran audaces, generosos, prudentes y elocuentes. Más aún que su nobleza era de destacar en ellos la veneranda y santa concordia que reinaba entre ellos. Se reunían con frecuencia y todo lo que uno podía tener de valioso lo compartía gentilmente con el otro. Compartían la misma residencia. Trataban de común acuerdo los asuntos públicos y los privados. Ninguno le pedía algo al otro que no fuese opotuno y conveniente. Frecuentaban los juegos para practicar ejercicios. Asistían siempre a todo espectáculo que pareciera oportuno. En ellos, ante una multitud, primeramente con igual número de sajones, wascones, austrasios y bretones por cada parte, simulaban arremeter uno contra otro a gran velocidad. De pronto simulaban dar las espadas y huir de los perseguidores protegidos con escudos y luego, volviéndose, perseguían a los que habían ido tras ellos, hasta que, por último, los reyes, con toda la juventud, enarbolando las lanzas saltaban de los caballos y se iban dándose recíprocamente las espaldas. Era un espectáculo digno por su nobleza y moderación. La costumbre era que solo compitieran los reyes con muy pocos y elegidos y ellos lo hacían ante una gran multitud sin que nadie se atreviese a lesionarlos o vituperarlos.

7. Estando así las cosas, Carlomán con un gran ejército de bávaros y alamanes llega al encuentro de su padre en Maguncia. Bardón, que había sido enviado a Sajonia, hizo lo mismo trayendo la noticia de que los sajones habían desoído las órdenes de Lotario y estaban dispuestos a cumplir gustosamente lo que Ludivico y Carlos les indicaran. Lotario temerariamente dilató prestar atención a los que le habían sido enviados, lo que Ludovico, Carlos y todo el ejército vieron muy mal y

estudiaron la manera de llegarse hasta él. Por lo tanto, el día decimosexto antes de la calenda de abril, emprenden el camino hacia esas partes. Carlos tuvo un difícil camino por Wasgenwald; Ludodovico marchó por tierra y por el Rin a través de Bingen; Carlomagno lo hizo por Einrichi. Alrededor de la hora sexta del día siguiente se encontraron en Coblenz y prontamente se dirigieron a San Castor para orar; oyeron la misa y luego los reyes hicieron que el ejército cruzara el Mosela con las naves. Otgario, obispo de la sede de Maguncia, el conde Hatto, Herioldo y los demás que Lotario había dejado allí para que impidieran el paso, aterrados dejaron la costa y huyeron. Lotario se enteró en Sinzig de que sus hermanos habían cruzado el Mosela y rápidamente dejó su sede del reino y fue a refugiarse con unos pocos que deciriedon seguirlo a orillas del Ródano, abandonando a los demas.

Lotario puso así fin a la segunda disputa y yo pongo fin al libro tercero.

LIBRO CUARTO

Tomar un descanso de este trabajo narrativo realmente me deleita y, más aún, el apartarme de todo lo que significa la tarea pública. Pero la mente ansiosa, cargada de preocupaciones, no cesa de mantenerse en continuas reflexiones. Como a mí la fortuna de todo lo que sucede me arrastra de aquí para allá en medio de fuertes tormentas, ignoro totalmente a qué puerto llegaré. Entre tanto, si encuentro algún momento de ocio ¿qué puede impedir que me disponga a conservar para la memoria, como se me ordena, las gestas de nuestros príncipes y nobles? Por lo tanto tomo entre manos esta cuarta parte de la obra y si me es imposible escribir sobre cosas futuras, al menos voy a destinar con mi trabajo en esta parte a la posteridad los problemas de las cosas pasadas.

1. Hasta conocer con indicios ciertos que Lotario había abandonado el reino, Ludovico y Carlos se retiraron al palacio de Aquisgrán que era entonces la primera sede de Francia, para deliberar al día siguiente con más calma acerca de qué hacer con el pueblo y el reino dejado por su hermano. Primeramente, les pareció oportuno plantear el tema ante los obispos y sacerdotes que en gran parte se encontraban allí, para que este asunto tuviese un autorizado tratamiento con el parecer de ellos como si fuese por inspiración divina. De esta manera, como parecía aconsejable, les fue presentada a ellos esta cuestión. Se consideraron las acciones de Lotario desde un comienzo, cómo había expulsado del reino a su padre, cuántas veces por codicia había cometido perjurio contra el pueblo cristiano, cuántas veces había faltado a sus juramentos a su padre y a sus hermanos, cuántas veces después de la muerte del padre había intentado desheredar y hasta eliminar a sus hermanos, cuántas veces, por su tan nefanda ambición la iglesia universal había sufrido homicidios, adulterios, incendios y toda clase de crímenes; consideraron que además no poseía capacidad para gobernar el país y no podía encontrarse ningún vestigio de buena voluntad en su gobierno. Afirmaban que por estas causas no sin méritos, sino por justo juicio de Dios omnipotente se había dado a la fuga primeramente del combate y luego del propio reino. Por lo tanto fue el parecer unánime de todos que por su maldad

la venganza de Dios lo había expulsado del reino y lo había entregado a sus hermanos que eran mejores que él para regirlo con justicia. Sin embargo, no les concedieron a ellos esta licencia hasta que declararan si en el gobierno seguirían las huellas del hermano expulsado o querían regir al pueblo según la voluntad de Dios. Respondieron que en cuanto Dios les concediera conocimiento y poder ellos querían gobernar según su voluntad. Les dijeron: "Por autoridad divina recibid el reino según la voluntad de Dios y que lo rijáis según su voluntad, os advertimos, exhortamos y ordenamos". Para esto cada uno eligió a doce de los suyos; hubo un acuerdo en cómo a ellos les pareció bien dividir el reino. En esta división no se tuvo en cuenta tanto la fertilidad o la igualdad de extensión, cuanto la afinidad y la congruencia en cada caso. Ludovico recibió toda Frisia, etc [……....] A Carlos [……....][46]

2. Realizado esto recibió acada uno de los delegados del pueblo que los habían seguido y se afirmó con juramento la fidelidad futura. Carlos cruzó el Mosa para ordenar su reino. Ludovico se dirigió a Colonia en razón de los sajones. Dado que el tema de los sajones es muy importante, juzgo que no debo pasarlo por alto. Como a todos los que viven en Europa les consta, el emperadorCarlomagno, no sin razón llamado magno por todas las naciones, había convertido a los sajones, con variadas acciones, del vano culto de los ídolos a la verdadera y cristiana religión de Dios. Desde el principio brillaron por su nobleza y por su aptitud para la guerra. Todo ese pueblo está dividido en tribus. Entre ellos están los que en su lengua se llaman *edhilingui, frilingi* y *lazzi*. En nuestra lengua se llaman nobles, libres y siervos. Una parte de ellos en la cual hay nobles, está dividida en dos grupos, de los cuales uno se unió a Lotario y el otro a Ludovico. En este estado de cosas, viendo Lotario después de la victoria de sus hermanos, que el pueblo que estaba con él iba a defeccionar, presionado por sus necesidades, buscaba auxilio donde y como fuese. Empleaba los bienes públicos para su uso propio, daba libertad a algunos y a otros se la prometía después de la victoria. Envió mensajeros a Sajonia a los hombres libres y a los siervos, que eran una gran multitud, prometiéndoles que si se unían a él, les concedería tener la misma ley que habían tenido cuando sus antecesores eran seguidores de los

[46] En el original hay dos lagunas en el texto.

ídolos. Llenos de codicia se impusieron a sí mismos el nombre de *estelingas* (sediciosos), y formando un grupo unido prácticamente expulsaron a los señores del reino y vivía así cada uno según su propia ley. Además Lotario, necesitando ayuda, había introducido a los normandos y había hecho que parte de los cristianos se sometieran a ellos, y les había dado licencia para depredar a los otros cristianos. Por lo tanto, temiendo Ludovico que los normandos y los eslavos, por su afinidad con los sajones, que se llamaban a sí mismos *estelinga*, se uniesen e invadiesen su reino, anulando la religión cristiana en estas partes, como ya dijimos [……....][47] actuó en cuanto pudo para impedir este nefando mal para la iglesia de Dios y otros escándalos. Ludovico, después de estas cosas, por Diedenhofen se dirige a Verdún, y Carlos va también a esa ciudad, pasando por Reims, para deliberar.

3. Por ese mismo tiempo los normandos depredaban Quentavichy y cruzando el mar devastaron Hamwig y Norwich. Lotario se retiró a orillas del Ródano y vivía en una nave allí detenida. atrayendo en su ayuda a todos cuantos podía. Sin embargo, envía un legado a sus hermanos para informarse si le era posible enviar a algunos de sus nobles para deliberar sobre la paz. Se le respondió que podía enviar a quienes quisiera y que era fácil saber cuál era la determinación de ellos. Los dos, por un mismo camino, por Troyes, llegan a la ciudad de Chalons-sur-Marne. Y estando ellos en Mellesey, llegaron hasta ellos Josipo, Eberardo y Egberto, con otros más de parte de Lotario, diciendo que este reconocía haber faltado contra Dios y contra ellos y no deseaba que hubiese ya más discordia con ellos y con el pueblo cristiano. Si querían concederle algo más sobre la tercera parte del reino dado su título de emperador que le había concedido el padre común y la dignidad imperial que el abuelo le había dado al reino de los francos; de otro modo, aceptaba que le concedieran solo una parte, sin Lombardía, Baviera y Aquitania; cada uno regiría, con el favor de Dios, la porción correspondiente del reino, de la mejor manera posible; cada uno disfrutaría del auxilio y la benevolecia del otro; respetaría mutuamente la paz y las leyes de sus súbditos y reinaría entre ellos, con ayuda de Dios, una paz perpetua. Ludovico y Carlos, habiendo oído esto, y pareciéndoles muy correcto a ellos y a todo el pueblo, se reúnen con sus nobles

[47] Laguna en el texto original.

y deliberan con agrado acerca de lo que harían al respecto. Decían que esto era lo que hubieran deseado que ocurriera al comienzo de las disputas, y no pudo ser por causa de las dificultades interpuestas; a menudo se le habían enviado mensajes. Sin embargo, con alegría le daban gracias a Dios por cuya ayuda habían merecido que su hermano, que siempre había despreciado la paz y la concordia, ahora las pedía en nombre de Dios. Con todo, les informan de este asunto a los obispos y sacerdotes, para que sepan que todo lo que disponga, la autoridad divina lo aceptaría con agrado. Pareciéndoles a ellos que lo mejor era que se estableciera la paz, convocan a los legados y aceptan las propuestas. Demorando las tareas para la división del reino cuatro días o más, finalmente pareció bien ofrecerle a él como tercera parte del reino el teritorio entre el Rin y el Mosa hasta el nacimiento del Mosa y luego hasta el nacimiento del Saône y así por el Saône hasta la confluencia con el Ródano y así por el Ródano hasta el mar Tirreno, a saber, con todas los obispados, abadías, condados y pueblos de este lado de los Alpes sin [……....][48] y si no acepta recibir esto, qué se le deba a cada uno se decidirá por las armas. Esto les pareció más que bueno y justo, según la opinión de algunos; para informar este acuerdo fueron enviados Conrado, Cobón y Adelardo con otros; ellos decidieron permanecer en el mismo lugar para esperar el regreso de los enviados con la respuesta de Lotario. Cuando estos llegaron a entrevistar a Lotario lo encontraron con mejor ánimo que de costumbre. Dijo no estar contento con esa división que le proponían sus hermanos porque no era equitativa. Se quejaba además de que en esa tercera parte qu se le ofreía no tenía cómo repararles lo que habían perdido quienes lo habían seguido. Por lo cual —ignoro cómo fueron engañados— los enviados añadieron a las partes prefijadas el terriotorio hasta Kohlenwald; además, si aceptaba esto hasta el momento de reunirse con los hermanos le aseguran que entonces sus hermanos, con juramento, lo más equitativamente que fuera posible, dividirían todo el reino, exceptuando Lombardía, Baviera y Aquitania, en tres partes, de las que él elegiría una y le concederían por el resto de su vida el poder allí disponer lo mismo que ellos en sus partes. Le aseguraron que si él no creía esto, ellos lo afirmarían con

[48] Laguna en el texto original.

juramento. Lotario jura aceptar este acuerdo y cumplir por su parte lo mismo que sus hermanos una vez que cumpliese lo estipulado por sus enviados.

4. De este modo, un día jueves a mediados de junio, en proximidades de Mâcon, en la isla Ansilia, cada uno con un número igual de nobles, se reúnen Lotario, Ludovico y Carlos y se comprometen mutuamente con juramento a conservar entre ellos la paz desde ese día en adelante, y según el acuerdo que sus fieles establecieron allí, dividiendo el reino lo más equitativamente posible, con excepción de Lombardía, Baviera y Aquitania, con juramento, en tres partes, de las que Lotario tendría la elección de una. Cada uno conservaría la parte recibida por todos los días de su vida siempre que cada uno de los hermanos hiciera lo mismo. Cumplido esto y con palabras de paz se retiran pacificamnente a sus campamentos para deliberar al día siguiente de los demás asuntos. Aunque con dificultad, el arreglo se aceptó y fijaron una reunión para la calenda de octubre, retirándose cada uno a la región elegida. Ludovico se dirige a ordenar a Sajonia y Carlos a Aquitania. Lotario, una vez seguro de la elección de su parte, se marcha a Ardenas de cacería, privando de sus honores a todos los nobles correspondientes a su región que se habían apartado de él por necesidad cuando estuvo alejado del reino. Ludovico castigó con la muerte, de acuerdo con la ley, a los sediciosos que, como ya se dijo, habían constituido una liga. Carlos hizo que Pipino huyera a Aquitania. Este permaneció allí oculto y Carlos nada pudo hacer, salvo dejar alli para custodia como duque a Warino y otros, que parecían serle fieles. Además, Egfrido, conde de Tolosa, capturó a algunos y dispersó a otros de entre los asociados a Pipino, que habían sido enviados contra él. Carlos tomó el camino hacia Worms para reunirse con su hermano Ludovico según lo convenido. Habiendo llegado a Metz el día anterior a la calenda de octubre, lo encuentra a Lotario en Diedenhofen que había llegado para el acuerdo establecido y estaba residiendo de manera diferente a lo convenido. Por lo cual, a aquellos fieles a Carlos y Ludovico que según lo acordado debían residir en Metz, no les parecía seguro que mientras sus señores estaban en Worms y Lotario en Diedenhofen ellos se encontraran en Metz, en el límite de los reinos. Worms dista de Metz más o menos setenta leguas y de Diedenhofen solo unas ocho. Sucedía que Lotario muy fácilmente había engañado a sus hermanos y por eso ellos no se sentían seguros sin tomar algunas precauciones.

Por lo tanto, Carlos atendiendo a la seguridad de su gente le envía mensajeros a Lotario preguntando por qué había obrado de un modo diferente al acordado, y si aceptaba que estos enviados suyos y de su hermano permaneciesen allí y él les entregase rehenes como prenda de seguridad; de otro modo, que enviara él sus delegados a Worms y ellos le darían los rehenes que solicitara. De otro modo, todos se retirarían de Metz a una distancia igual. Si no estaba de acuerdo con esto podían celebrar una reunión con sus enviados en un lugar intermedio que desease, ya que afirmaba que no se debía dejar de atender a la seguridad de tantos nobles. Había ochenta nobles sobresalientes elegidos de entre la multitud, cuya muerte, si no se tomaban las debidas precauciones, sería causa de una gran pérdida para ambos hermanos. Finalmente, para bien de todos se acordó que se reunieran en Coblenz ciento diez enviados, sin rehenes, y allí decidieran la división del reino en la forma más equitativa posible.

5. El día decimocuarto antes de la calenda de noviembre, para evitar que se originara por cualquier causa una pendencia entre los enviados, los que participaban de parte de Ludovico y Carlos se establecieron en la orilla oriental del Rin y los enviados de Lotario en la occidental. Se reunían diariamente en San Castor. Cuando se trató acerca de la división del reino, los enviados de Ludovico y Carlos presentaron varias quejas; se preguntó entonces si alguno de ellos tenía un claro conocimiento de todo el territorio del reino. No se encontró ninguno que lo tuviera. Se preguntó entonces por qué no habían recorrido esos espacios y tomado nota. Habiendo encontrado que Lotario se había negado a que se hiciese tal cosa, afirmaban que con esa ignorancia no podía hacerse una división equitativa. Por último, se preguntó si podía sinceramente afirmarse con juramento algo de lo que no se tenía un pleno conocimiento sobre una división justa. Esto se remitió para su discusión a los obispos. Reunidos en la basílica de San Castor, los partidarios de Lotario decían que si alguien cometía una falta con el juramento eso podía expiarse y por eso era mejor hacer ese juramento y así evitar que la Iglesia de Dios siguiese sugriendo rapiñas, incendios, homicidios y adulterios. Por el contrario, los que representaban a Ludovico y Carlos decían que por qué pecar contra Dios si no era necesario. Afirmaban que lo mejor era firmar la paz entre ellos y enviar conjuntamente emisarios por todo el Imperio para obtener buena información y finalmente jurar sobre algo ciertamente

conocido para efectuar una división igualitaria. Afirmaban que así se evitarían los perjurios y otros delitos; a no ser que lo impidiera una ciega codicia. De este modo no se quebrantaría ningún juramento ni se daría ocasión para que alguien lo hiciera. Con estas disensiones cada uno se retiró de nuevo a los suyos. Todos los partidarios de Lotario reunidos decían estar preparados para el juramento y la división, como habían afirmado los partidarios de Ludovico y Carlos si era posible. Finalmente como ninguno se atrevía a asentir sin la autorización de sus nobles, deciden que haya paz entre ellos hasta que pudieran saber cuál era la voluntad de los nobles. Pareció que esto podía suceder en las nonas de noviembre. Constituida así la paz, se retiran. En ese día se produjo un gran terremoto en todas las tierras de la Galia y precisamente en ese día fue encontrado incorrupto después de un año de su muerte sin que hubiera sido cuidado con sustancias aromáticas, el cuerpo de Angilberto, hombre memorable, trasladado a Céntulo. Había nacido aquí un varón de una familia muy conocida. Madelgaudo y Ricardo pertenecieron a esa progenia y fueron merecidamente muy considerados por Carlomagno. Una hija de ese gran monarca, de nombre Berehta, tuvo por hijos a Hernido, hermano mío y a mí, Nitardo. En Céntulo construyó una obra magnífica en honor de Dios omnipotente y de san Ricardo, y atendió perfectamente a la familia que tuvo encomendada y muriendo con toda felicidad descansó en paz en Céntulo. Manifestadas estas pocas cosas sobre mi origen, debo rgresar a la narración de la historia.

6. Como ya se dijo, cada uno regresó a su rey para anunciarle lo que se había tratado. Estuvieron de acuerdo en firmar la paz hasta el día vigésimo después de la misa de san Juan, dado que por la escasez y la proximidad del invierno, ninguno quería volver a la lucha armada después de lo ya experimentado. Para acordar esta paz los nobles de las diversas partes se dirigen a Diedenhofen y juran los reyes que conservarán entre sí una paz justa y que no la perturbarán de ninguna manera y en esa misma reunión no van a dejar de efectuar la división equitativa de los reinos, dejándole a Lotario la elección del suyo. Desde aquí cada uno se retiró adonde le pareció bien. Lotario se dirigió a Aquisgrán para pasar el invierno; Ludovico a Baviera y Carlos fue a Quierzy para tomar allí esposa. Por ese tiempo los moros, llamados en su ayuda por Sigenulfo, hermano

de Sigiardo, invaden Benevento. También por ese mismo tiempo los del grupo estelinga se rebelaron contra sus señores en Baviera pero, entablados los combates fueron doblegados muriendo en gran cantidad. Perecieron de este modo forzados por la autoridad sin la cual pretendieron constituirse. Como ya se dijo, Carlos tomó por esposa a Hirmentrudis, hija de Uodón y de Ingeltrudis y nieta de Adelardo. En otro tiempo su padre había querido mucho a Adelardo de modo que lo que Adelardo creía conveniente en todo el Imperio, el padre lo llevaba a cabo. Intentó complacer a todos sin prestar atención al bien público. Le aconsejó distribuir libertades y convertir bienes públicos para usos privados, satisfaciendo los pedidos de cada uno, y descuidando por completo la utilidad pública. De esto resultó que el pueblo podía moverse libremente en ese tiempo y principalmente por esa razón Carlos realizó su casamiento, creyendo poder así arrastrar hacia él a gran parte del pueblo. Efectuado el casamiento el día decimonoveno antes de la calenda de enero fue a celebrar la Navidad en San Quintín. Ordenó quiénes de entre sus fieles debían custodiar Valenciennes entre el Mosa y el Sena y él partió hacia Aquitania con su esposa en el invierno del año DCCCXLIII de la encarnación del Señor. Ese invierno fue largo y riguroso, con muchas enfermedades y con muchas dificultades para la agricultura y el ganado.

7. Cada uno puede colegir de esto cuán grande era la locura de descuidar el bien público para favorecer las voluntades privadas, ofendiendo de tal modo al Creador, que incluso los elementos se mostraron contrarios a esa demencia. Puedo probar esto con ejemplos que son conocidos por todos. Ya habían pasado casi treinta años de la muerte de Carlomagno, de feliz memoria; con él el pueblo marchaba por la senda pública recta del Señor, reinando en todas partes la paz y la concordia. Hoy, en cambio, cada uno marcha por el camino que quiere entre manifiestas riñas y disensos. En aquel entonces todo era abundancia y alegría, ahora todo es penuria y tristeza. Los mismos elementos eran entonces propicios para todo; hoy se muestran contrarios para todos, según el testimonio de la misma Escritura divina: *Y luchará el orbe de las tierras contra los insensatos.* Por ese mismo tiempo hubo un eclipse de luna el día decimotercero antes de la calenda de abril. Esa misma noche cayó mucha nieve, castigando a todos por justo juicio de Dios. En todas partes se producían rapiñas y toda clase de males y las inclemencias del aire quitaban la esperanza de cualquier bien.

POEMA DE ANGELBERTO

La batalla de Fontenoy-en-Puisaye

Amanecer fue aquel no de un tranquilo sábado tras una oscura noche sino de un duro Saturno. Goza el demonio impío por una lucha fraterna.

Bélicos rugidos en medio de un terrible combate; un hermano busca la muerte de su hermano, un tío la del sobrino, un hijo no tiene piedad de su padre.

Carnicería más cruel nunca se vio en un campo de Marte. Ríos de sangre quebrantan la ley cristiana. Se alegran las legiones infernales, goza el Cerbero.

Dios con su diestra potente protegió a Lotario. Vencía este con fuerza inaudita. Si todos hubieran luchado así pronto hubiera reinado la concordia.

Entonces,así como Judas traicionó al Salvador, tus guerreros, oh rey, volvieron contra ti sus espadas; sé cauto para que el lobo no engañe al cordero.

Fontenoy es el nombre que los lugareños le dieron a esta fuente y esta aldea donde los campos se cubrieron de sangre y ruinas y se horrorizaron bosques y lagunas.

Gruesas lágrimas derramaron padres, madres, hermanos y amigos por hombres doctos y fuertes caídos sobre la hierba que ni rocíos ni lluvias debieran volver aregar.

He descrito en mis versos esta horrible masacre yo, Angelberto, que luché con muchos y sobreviví en la primera línea de las tropas.

Impasible contemplé la hondura del valle y el pico del monte donde el fuerte

Lotario ponía en fuga a los adversarios hasta la orilla del río.
Karlos y Luis veían cómo sus campos se cubrían de blanco con las ropas delos muertos, como cuando en otoño se posan en ellos las aves.

La batalla no es digna de alabanzas o de cánticos. El Oriente, el Occidente, el Aquilón y el Austro han de llorar a quienes allí murieron.

Maldito ese día que no debiera ya contarse en el año y merece borrarse de la memoria; que no tenga la luz del sol desde la aurora hasta el crepúsculo.

Noche amarga y dura aquella en la que cayeron hombres fuertes y doctos, llorados por padres, madres, hermanos y amigos.

Oh ¡cuánto luto y lamentos! Buitres, cuervos y lobos devoran los cuerpos desnudos que yacen abandonados sin sepultura.

Por doquiera llanto y lamento. Aquí termino. Contengamos, si podemos, las lágrimas y roguemos a Dios por sus almas.